

# BICENTENARIO: LOS OTROS GRITOS

Euclides PERDOMO

19.abril.2010

## PRIMERA PARTE

De la antropología a la etnohistoria y de ésta a la *nueva historia cultural*

Brevísima relación de la demografía previa

Algunos lugares comunes o espantando dinosaurios

## SEGUNDA PARTE

Mujeres: de *rabonas* a heroínas

Indígenas: los primeros serán los últimos

Negros: los negreados

Españoles en América

*Españoles en España*

## TERCERA PARTE

Recapitulación

*La integración*

Apéndice para españoles

## BIBLIOGRAFÍA Y CIBERGRAFÍA

---

*Para M.C., con quien celebraríamos otro bicentenario*

Visto desde la Retórica, es archiconocido que la Independencia de Iberoamérica fue encabezada por unos *Gritos*. Entre todos ellos, suele aceptarse que el primero fue el *Grito de Sucre* (25.V.1809) que condujo a la independencia de Bolivia<sup>1</sup>, y que el postrero fue el *Grito de Ipiranga* (Brasil, 1822) mientras que, en la actualidad, el más famoso sea posiblemente el *Grito de Dolores* (México, 16.X.1810) Pues bien, el propósito de las líneas que siguen es recordar que, además de los enfatizados en los manuales de Historia, hubo otros gritos no menos importantes pero, por malaventura, mucho menos conocidos. Fueron los gritos de aquellos pueblos, etnias, colectivos, grupúsculos y minorías que estaban marginados en los albores de las guerras de Independencia y que siguen marginados dos siglos después.

---

<sup>1</sup> Los bolivianos criollos dicen que su Independencia comenzó en 1809 pero los indianistas kataristas “bolivianos” sostienen que la verdadera guerra emancipadora estalló 28 años antes, justo cuando el pueblo en armas encabezado por los indígenas Tupak Katari y su esposa Bartolina Sisa cercaron La Paz (1781) Por su parte, los ecuatorianos sostienen que el primer Grito se dio en Quito el 09.VIII.1809. Etcétera. Polémicas similares encontraremos en cada uno de los países latinoamericanos. Para no caer en detallismos aunque, desde luego, al precio de olvidar muchas rebeliones populares, simplificaremos las fechas y aceptaremos la convención de que la Independencia comenzó en el año 1810; dicho sea sin olvidar nunca que el *Grito de Sucre* no fue el primer Grito pues tal honor le corresponde a los haitianos que, en 1804, consiguieron su independencia. Ningunear este dato incontestable es racismo puro.

Este ensayo ha sido escrito para remediar esa bicentenaria marginación. Para que hoy no se arrinconen los gritos de los Olvidados: los indios, los negros, los españoles de pro<sup>2</sup>. Y, transversal a todos ellos, las mujeres. Muchos otros se encargan de reivindicar a los suyos. El afamado bajo clero, los comerciantes, los militares y no digamos los Próceres ya tienen quien les escriba. Los Olvidados sólo tienen torpes aficionados como quien suscribe.

## PRIMERA PARTE

### **De la antropología a la etnohistoria y de ésta a la nueva historia cultural**

El oficio de antropólogo enseña a mirar en los intersticios de la sociedad. De igual manera, rebuscando en los intersticios de la Historia, encontraremos esos movimientos sociales y –en infinita menor medida–, esos personajes a los que nunca mencionan tirios ni troyanos. En otras palabras, utilizaremos una metodología “desde abajo” (*view from below* y también *view from the shore*, visto desde la playa; i.e., como vieron los amerindios la llegada de las carabelas)

Afortunadamente, esta perspectiva dista de ser original como veremos más adelante explicitada en los trabajos abajo citados de Chumbita, Gómez, Gutiérrez, Lasso, Medina, Montaner y Núñez y, en general, en la nueva historiografía que comienza a destacar las “subalternidades”<sup>3</sup> y que se extiende hasta revelar que incluso la efímera aplicación en América del constitucionalismo español de las Cortes de Cádiz está insuficientemente estudiada<sup>4</sup>. Al decir de los expertos, esta *nueva historiografía* experimenta un impulso gracias al crecimiento de los estudios regionales<sup>5</sup>, del campesinado y de la cotidianeidad. Entre otras cuantas etiquetas, su

---

<sup>2</sup> Además, seguro que también hubo *brigadistas internacionales* que se unieron a las reivindicaciones emancipadoras. Es probable que, además de los conspicuos ingleses, norteamericanos y europeos en general –italianos no papistas, polacos no muy católicos, rusos incluso–, también hubiera filipinos y chinos en las filas patriotas. Pero expurgar los archivos en busca de estos personajes es ímproba tarea para la que no estamos preparados. Baste dejar apuntado *como hipótesis* que la guerra de Independencia debió tener un carácter mundial cuya amplitud desconocemos. Tal hipótesis se legitima por el estado de las comunicaciones de la época, tres siglos después de que Elcano hubiera dado la vuelta al mundo.

<sup>3</sup> Ejemplo: “Frente a la idea de que los únicos protagonistas de la independencia fueron las elites criollas, las nuevas investigaciones proponen que los llamados “subalternos” no fueron ajenos a las dinámicas políticas de la primera mitad del siglo XIX; así ocurrió por ejemplo en la Ciudad de Guatemala o en la zona de Los Altos [de Guatemala], la de mayor densidad indígena en el Reino, en donde la movilización de los pueblos ejerció una fuerte presión sobre el gobierno colonial, que tuvo que afinar sus mecanismos de control militar, circunstancias que probablemente explicarían mucho de lo que la historiografía tradicional ha llamado ‘terror bustamantino’” (Gutiérrez: # 55)

<sup>4</sup> Mencionamos el caso del constitucionalismo gaditano porque es un tema que, aparentemente, está alejado de la ‘subalternidad’ de los Olvidados pero que, sin embargo, tuvo una repercusión inmediata en las vidas de éstos puesto que “ruralizó la política” (Annino). A nuestro juicio, el punto clave está en la municipalidad que cambió profundamente y es que “en América existían dos tipos de municipios desde el siglo XVI, aquellos de los *españoles* y aquellos de los indios naturales, mucho más numerosos, incluso si de estatus inferior, pero con una jurisdicción particular que les había garantizado autonomía material y una forma eficaz de autogobierno. Cádiz suprimió, como hemos visto, toda diferencia entre indio y no indio, y por lo mismo se veía la posibilidad de que el número de municipios indígenas resultara mayor al de los otros” (Annino: # 40) Por concordar con la línea de este ensayo, añadiremos que este mismo autor “ha señalado que la más reciente Leyenda Negra de la historia política de Hispanoamérica (la cual denuncia las votaciones del siglo XIX como una práctica dominada por los caudillos, la corrupción y la ignorancia) no es más que una mímica de la visión que tenían las élites decimonónicas” (Lasso: #10)

<sup>5</sup> Considerando sólo la (influyente) historiografía anglosajona, fueron pioneros los estudios del inglés Brian Hammett (ver *Revolución y contrarrevolución en México y en el Perú*, FCE, México, 1978 y *Raíces de la insurgencia en México: historia regional 1750-1824*, 1986 y edición FCE, México, 1990). Recientemente, opina que los “separatistas” americanos fueron ambiguos al principio; sólo “en el curso

rama más robusta ha sido llamada “nueva historia cultural” –aceptamos todo menos destrozarla bajo el epíteto de ‘posmoderna’-.

En este texto, personificaremos esta tendencia historiográfica citando en particular –y porque trabaja el tiempo de la Independencia- a Eric van Young, uno de sus más conspicuos representantes. Este autor se caracteriza por prestar atención a todo tipo de tópicos micro hasta ahora negligidos por los autores macro: las aldeas, los personajes menores, los pleitos de campanario, los rumores. De estos materiales obtiene enseñanzas relativamente extrapolables a universos más amplios. Ejemplo: de una encuesta a 1.284 rebeldes hechos prisioneros por los realistas durante la guerra en la Nueva España, extrae una evaluación de la importancia de lo rural en esa guerra. Dicho con las palabras de un crítico, van Young trabaja con,

“La recuperación y reproducción de una amplia gama de acontecimientos e individuos ‘infrahistóricos’ (p. 3). Los hechos incluyen revueltas locales, protestas y represiones; entre los individuos hay desde curas disolutos hasta “mesías” extravagantes, desde bandidos psicópatas y testigos completamente anónimos, como el “jugador de damas sordo de Oaxaca” (Knight: 452)

Generalizando, pudiéramos sospechar que, gracias a esta no-tan-nueva historiografía, estamos ante la materialización de lo teorizado por Wittgenstein y Geertz: por decirlo en términos evolucionistas, ante una *convergencia adaptativa* entre la antropología y la historia. De esta convergencia esperamos que alcance un estadio en el que ya no será etnohistoria –es decir, más antropología que historia- sino una nueva ciencia que se situará en el fiel de la balanza entre ambas disciplinas.

Por lo demás, es obvio que destacar el papel de las masas y los individuos anónimos –que no anómicos- se opone a la vieja historiografía capitalina y heroica –la *Historia Sagrada*, en expresión de Miquel Izard-, esa que construye narrativas ejemplares desde los archivos de la capital, esa cuyos individuos son siempre Héroes y cuyas enseñanzas se reducen siempre a lo político ignorando y torpedeando las demás historias posibles –la ambiental, la económica, la de género- para concluir en la mayor gloria de los Próceres. Esta concepción heroica de la Historia, tan parecida al otrora llamado “culto a la personalidad”, ha causado estragos <sup>6</sup>. En primer lugar, contra el sentido común. Ejemplificándolo en uno de los temas más discutidos de las guerras independentistas que hoy nos ocupan, ¿es de sentido común creer que –heroicidades aparte- un puñado de patricios y unas docenas de mestizos y/o pardos hubieran podido derrotar a los ejércitos españoles sin el concurso del pueblo desheredado?

---

de los conflictos los revolucionarios fueron obligados a aclarar sus objetivos” momento en el que chocaron con “el ejército y la Iglesia y con las ‘repúblicas de indios’” (cf. “Un festejo ambiguo”, en *Nexos*, México, sept. 2009) Por lo demás, es obvio el peligro de extrapolar los estudios regionales a zonas geográfico-políticas más extensas (ver crítica en García: 50)

<sup>6</sup> Aunque referida a la historiografía positivista ecuatoriana, el también ecuatoriano Núñez diseña en ella cuatro espantos que pueden extrapolarse al resto de las historiografías. A saber: “1, Desmesurado culto al héroe. 2, Estrecha vinculación con el Estado y las clases dirigentes. 3, Generalizado empirismo y ‘fetichismo documental’. 4, Evidente pobreza temática” (Núñez: 13) Coincidimos con este autor en que el culto al héroe –que él atribuye a Hegel en primer lugar- es el origen de todos los errores.

Item más, como es bien sabido, T. Carlyle popularizó en su obra *Los Héroes* (1841) una de las concepciones más elitistas que ha desarrollado la muy elitista Europa moderna por lo que no es de extrañar que uno de los holdings más siniestros que hoy destrozan el planeta se llame *The Carlyle Group* –gestiona desde las fortunas de los Bush y los Ben Laden hasta el tráfico de armas con Rusia-. Es decir, que los Héroes siguen causando estragos no sólo teóricos.

Dos precisiones teórico-prácticas:

a) enumerar a estos Olvidados no significa en absoluto que compartieran los modelos de república previstos por los Próceres criollos ni tampoco que sufrieran todos ellos del llamado “monarquismo ingenuo”. Podían coincidir en los ideales más abstractos –libertad, igualdad, fraternidad- pero las utopías de indígenas, negros y etcétera eran suyas propias y su participación en las guerras de la Independencia se debió a unas alianzas más o menos coyunturales forjadas en contra de un enemigo común: el absolutismo. Por decirlo con un término acuñado por el historiador ecuatoriano Jorge Núñez Sánchez, eran “revoluciones cruzadas”. Huelga añadir que sirvieron como carne de cañón y que, al advenir las Repúblicas, su sacrificio –entre 800.000 y 1,3 millones de muertos entre 1810 y 1825- fue recompensado con cicatería.

b) no abundaremos en figuras suficientemente conocidas de tiempo atrás o de las que se puede extraer suficiente información en Internet o de las que hay magníficos trabajos recientes. Por ello, apenas mencionaremos a indígenas como el controvertido brigadier Pumacahua; a mujeres como Manuela Sáenz (*la Libertadora del Libertador*) o Policarpa Salavatierra (*la Pola*); a negros haitianos como Macandal; a mulatos venezolanos como Piar; a probos españoles como Juan Bautista Picornell (un coloso presente en los orígenes de todas las insurrecciones republicanas, tanto españolas como americanas) o Mina *el Mozo* (del que Ortuño ha publicado un estudio definitivo) Que sean tan escasos estos *otros* personajes públicos da la medida del ninguneo al que han sido sometidos los Otros Gritos.

Y, *last but not least*, como colofón a nuestra opción por una Historia sin Próceres, hemos de subrayar que la Independencia hubiera sido impensable sin la sangre derramada por un grupo humano que engloba a todas las subdivisiones de los Olvidados: las *personas anónimas*. Estos ciudadanos sólo aparecen en las enciclopedias bajo el abstruso eufemismo de “el pueblo” pero sus nombres propios nos llegan muy raramente... para desaparecer enseguida –léase, el caso de Manuela Beltrán, lideresa de los Comuneros de la Nueva Granada de 1781-. Para remediar esta falta irremediable, los simbolizaremos en un solo nombre, el de la señora Herrera. ¿Quién era Juana María Herrera? Pues una *india tributaria* que, en la convulsa Venezuela de 1812, fue acusada de gritar “perros blancos hijos de puta, levantados, vende gente”, exclamaciones que, pese a la atenuante de borrachera, la valieron un proceso por *infidencia* (sedición); fue absuelta y de ella nunca más se supo (Memorias: 4). La señora Herrera fue una don nadie, qué duda cabe, y la recordamos por eso mismo: porque entendemos que estos personajes anónimos son la levadura de la Historia aunque otros los entienden como la masa.

### **Brevísima relación de la demografía previa**

Siempre es útil contar con un elemental marco demográfico. En el caso de la Colonia española, las cifras de población oscilan entre los 16 y los 30 millones de habitantes, con más partidarios de la primera estimación que de la segunda. Pero hay otras cantidades digna de recordar. Por ejemplo, “en 1750-1800, la tasa anual media de crecimiento es del 0,8% para América central y meridional; tasa muy alta si se compara con la de Europa occidental y central durante el mismo período, que es del 0,4%, de por sí elevada” (Céspedes: 393)

De aquellos millones de población total, fueren los que fueren, unas 150.000 personas eran españoles de nacimiento, en su mayoría labradores canarios y comerciantes peninsulares. Era una diáspora en clara aceleración: “La inmigración aumentó de manera constante en el siglo XVIII, siendo la más numerosa la correspondiente a esclavos africanos. Las cifras mínimas absolutas para 1701-1810 se elevan a 578.600 negros” (ibid: 394), cifra esta última a la que se sumaría la proveniente del contrabando. Para el siglo anterior, el XVII, estimaciones conservadoras nos hablaban de la llegada de unos 300.000 negros. Aun así, los negros sólo eran

mayoría en Cuba (50,9%) y en la costa colombo-venezolana del Caribe con porcentajes que oscilaban entre el 45% y el 60% (todos ellos, en 1792)

En cuanto a la población urbana, México tenía unos 150.000 habitantes mientras que la Caracas de Bolívar no llegaba a los 50.000.

Por su parte, el mestizaje o marca de fábrica de la Colonia ibérica, merece una pequeña digresión: la sociedad de castas –españoles, indios y negros-, se acentuó durante el siglo XVIII e incluía la cada año más elusiva categoría de *castas de mezcla*, inasible porque del oprobio mestizo o mulato se podía escapar mediante la obtención de una *cédula de gracias al sacar*<sup>7</sup>. Por lo tanto, el mestizaje suponía una trasgresión al sistema de castas que, al menos en teoría, agregaba una incoherencia legal. Por todo ello y por su intrínseca gradualidad, no es posible elaborar porcentajes de población mestiza pero avanzaremos que el mestizaje no era tan común como lo fue después de la Independencia. Somos conscientes de que así ponemos en duda –y en la picota- uno de los lugares comunes más queridos para la historiografía oficinesca –o *Historia Sagrada*, ver supra, terminología de Izard-, a saber, que la Invasión española se distingue de las otras invasiones europeas en que favoreció el mestizaje. Siendo cierto que hubo más miscegenación interétnica en las colonias españolas que en las otras europeas, es no menos cierto que no alcanzó los niveles cuasi universales ni la correlativa neutralidad social que se le atribuyen; al contrario, el porcentaje de los *alegales* mestizos era mínimo en 1810 –quizá un 6%-. Fue durante la República cuando el mestizaje creció exponencialmente, no antes. Incluso aceptando las estadísticas más disparatadas, en vísperas de la Independencia los mestizos suponían menos de un tercio de la población iberoamericana pero, en este caso, es imprescindible introducir un factor de corrección: un elevado porcentaje de mestizos puede estar disimulando una elevada población indígena. A fin de cuentas, tal era uno de los propósitos políticos ocultos tras semejantes estadísticas –y lo siguió siendo durante la República-.

Obviamente, esto significa que la Historia de la Colonia debe revisarse de arriba abajo, esta vez partiendo de la hipótesis de que allí donde encontremos mestizaje o sincretismo, por debajo de la apariencia, podremos encontrar clandestinidad indígena y/o pura humillación colonial<sup>8</sup>.

### **Algunos lugares comunes o espantando dinosaurios**

#### *1. Fue una guerra civil entre españoles.*

Todos los “mitos” –entendidos como lugares comunes auspiciados por el Poder- tienen una pizca de verdad pero son como esos sedicentes remedios homeopáticos que, para entorpecer la llegada de la enfermedad o verdad entera, la ocultan tras un gramo de esa verdad.

---

<sup>7</sup> Las tarifas estipuladas por esta Cédula (10.II.1795) fueron: dispensa de la calidad de pardo, 500 reales de vellón; dispensa de quinterón (hijo de blanco y cuarterona), 800; acceso al título de Don, 1.000. Según una segunda Cédula promulgada en 1801, de pardo a blanco, pasó a costar 700; de quinterón, 1.100; para conseguir el Don, 1.400; para ejercer de escribano los hijos de padres desconocidos, 6.000; para lucir como hidalgo, 107.000. Una copla del Cono Sur resume este trapicheo: “Nuestro Don, señor hidalgo / es como el del algodón / que para tener el Don / necesita tener algo”. Los peones ganaban entre 1 y 2 reales por jornal. Aunque las cotizaciones de la época son materia gelatinosa, nos arriesgamos a suponer que 20 reales de vellón equivalían a un peso (ver notas 13 y 36)

<sup>8</sup> Por ser supuestamente más libre que otras actividades sociales e individuales, el arte puede ser el mejor terreno en el que estudiar esta hipótesis. Siguiéndola, es posible que veamos el agravio añadido a la injuria, no creaciones voluntarias sino exacciones, no mensajes obvios sino consignas ocultas, no ángeles con arcabuz sino capataces con látigo, no autos sacramentales como prueba de evangelización indígena sino ritos inquisitoriales de obligado cumplimiento.

En este sentido, la Historia Sagrada insiste en que los iberoamericanos pintaron muy poco en la suerte de las Independencias puesto que “La verdadera causa de la derrota realista debe atribuirse a los errores de Fernando VII y de los gobiernos *absolutistas* y *liberales* en Madrid desde 1815 en adelante” (mis cursivas, Céspedes: 416). Hasta ahí nomás llegan en su enfermiza equidistancia y, para repartir por igual las culpas –pero siempre entre españoles-, se apoyan en que existía un “monarquismo ingenuo” en las capas populares y en que la alianza entre élites y pueblo era ‘precaria y coyuntural’. De acuerdo pero con reparos pues no olvidemos que todas las revoluciones parten de ese tipo de alianzas –por ello muchas terminan en contra-revoluciones-.

Asimismo, estamos dispuestos a conceder que, en la inusitada velocidad a la que se propagó la mecha emancipadora, algo debió ayudar la situación en España –sería absurdo negarlo- pero sostenemos que esta intervención, más psicológica que material, influyó muy poco. En todo caso, estaríamos ante una cuestión de grados de causalidad. Pero, precisemos: donde no pudo haber gradiente alguna fue en la relación entre la revolución de 1810 y la sublevación peninsular de 1808 –o guerra de la Independencia española, de la que hablaremos al final-. Entre los sucesos peninsulares y los iberoamericanos hubo evidentes paralelos formales y escasa relación causal <sup>9</sup>.

Aunque, bien pensado, sí hubo una guerra civil entre españoles... pero pocos la mencionan con ese nombre. En efecto, hubo guerra entre los virreyes y los españoles liberal-revolucionarios que compartían los ideales emancipadores –y de los que hablaremos más adelante-. Más aún, la crueldad con la que fueron torturados los españoles que tuvieron la desgracia de ser hechos prisioneros por los realistas fue mayor que la saña desplegada en guerras civiles anteriores y sólo fue superada –con infinitos creces- un siglo después, cuando los franquistas sumieron a España en la esclavitud –literal, no retórica-. Además, aquella ferocidad virreinal se perpetuó a través de esa caterva de historiadores cavernarios que ningunean a españoles honestos como Mina *el Mozo* y Juan Bautista Picornell.

Algunos dizque pensadores sostienen que las Independencias pudieron haberse enmarcado en una suerte de Commonwealth a la española. Es digno de consulta psiquiátrica pero resulta que esta versión edulcorada del colonialismo español que, evidentemente, colisiona con el mito guerracivilista –pues desconoce el odio perpetuo que esta clase de guerras engendran-, es sostenida por los mismos que defienden el mito de la guerra-civil-entre-españoles. Además de la interpretación psiquiátrica, una contradicción así sólo puede explicarse por la hipocresía propia de los ganadores de las guerras civiles, cínicos ignorantes de que no puede haber Imperios blandos –de *indirect rule*- donde las independencias han costado sangre y fuego.

Esta versión pan-iberista autonómica o de la *Hispanidad Satelital* presume que, si no hubiera existido la debacle dinástica, hubiera habido una especie de autonomías o Commonwealth hispánica. ¿Y por qué ignota razón, en lugar de la Independencia, los iberoamericanos hubieran preferido mantener algún vínculo contractual o protocolario con la Madre Patria? ¿El trato que habían recibido durante tres siglos fue tan generoso como para aconsejarlo así? Tratándose de una monarquía absoluta, rapaz y legalista, no creemos que hubiera sido viable una Commonwealth con jamón pata negra pero, en el fondo y en la superficie, toda esta quimera es

---

<sup>9</sup> En su delirio criminal versión logocida –asesinato del logos-, el franquismo llegó al extremo de atribuir la emancipación iberoamericana no a los españoles de América sino ¡a los que nunca la pisaron! Véase lo que, apoyándose en el jesuita M. Cuevas -y, en general, insultando y tergiversando a los liberales-, se publicaba en 1966 por el *think tank* de la alta politología franquista: “No fue el cura Hidalgo, sino los españoles de la Península, quienes iniciaron la independencia mexicana” (Stoetzer II: 229) Otra de las muchas perlas de este panfleto: “Es interesante que la independencia en Nueva España no fuera terminada con las revoluciones [de Hidalgo et al] sino que viniera realmente de los círculos que estaban del lado de los realistas” (ibid: 233-234) Para este libelista, fue la aborrecida Constitución de Cádiz la principal causante de la Independencia “por lo que resultó un instrumento político nocivo” (ibid: 252)

conjetura pura, expresable sólo en modo verbal condicional (“si hubiera ocurrido esto, hubiera sido seguido por esto otro”) y, definitivamente, es un bizantinismo para ociosos.

Y otra variante: según un titular del menos derechista de los diarios españoles que, pese a su falta de originalidad, citamos para que se observe hasta qué punto ha llegado la contaminación eurocéntrica, “El vacío de poder tras la invasión francesa provocó el auge de los movimientos independentistas americanos” (*Público*, 09.V.2008) ¿El criollaje y el pueblo llano se aprovecharon de una coyuntura para desencadenar una revolución? Recuérdese que las revoluciones entienden poco de las legitimidades que exhiba la clase a derrocar y, más aún, que las revoluciones –y las Independencias lo fueron- hunden sus raíces en las rebeliones que las precedieron –tridentenarias en este caso-. Por lo tanto, ¿no serán demasiado disparejos las causas y sus efectos, un legalismo y una revolución? A nuestro entender, los sucesos de Europa sólo fueron la gota que derramó el vaso, un pretexto para los pusilánimes y un acicate más para los decididos.

En definitiva, podemos preguntarnos: ¿por qué tantísimos españoles aborrecen de que los iberoamericanos hicieran sus propias guerras de Independencia? ¿Cuándo asumirán aquellas Independencias? ¿Qué virus les ha poseído: el del franquismo o -suponiendo que sea distinto-, el del ultra-nacionalismo?

## 2. Fue una lucha de las oligarquías; no participaron las masas populares.

Deberíamos limitarnos a contestar: ‘perro no come perro’ puesto que, ¿se conoce de alguna lucha entre camarillas oligárquicas en la que hayan muerto más de una docena de personas? ¿Es que los oligarcas se cuentan por millones? Las Independencias se consiguieron al precio de casi un millón de muertos, gente del común en su inmensa mayoría lo cual no obsta para que los historiadores de derechas, fundamentalistas de la exclusión, atribuyan la voz cantante a las oligarquías –y en exclusiva-.

El punto neurálgico de los procesos emancipatorios estuvo en un tema tabú para algunas oligarquías, a saber, la abolición de la esclavitud. Pese a algunas bonitas palabras de los Libertadores, sabemos que *toda* la esclavitud no fue abolida al mismo tiempo que *todo* el Coloniaje<sup>10</sup>. Por ello, los españoles trataron de minar el poder de las levantiscas burguesías criollas concediendo algunas mejoras a los indígenas y decretando una ambigua manumisión parcial de los esclavos<sup>11</sup>. Ello desencadenó un fenómeno transversal a las dos oligarquías –la española y la criolla- que se vieron obligadas a pronunciarse sobre la esclavitud y de ahí surgieron algunas enemistades: mayores entre las dos y menores en el interior de cada una. En

---

<sup>10</sup> Hubo aboliciones tempranas (México, 1813; Venezuela y Colombia, 1821) pero también muy tardías (Uruguay, 1869; Brasil, 1888) Por su parte, España la abolió en 1866 en su colonia de Cuba. Otros países occidentales lo hicieron antes y después de las Independencias: Dinamarca, en 1792; Reino Unido en 1807; EEUU entre 1810 y 1865 (el Oriente se demoró aún más: China hasta 1906 y Arabia hasta 1962) Por otra parte, muchos autores estiman que la abolición, al menos en su primera fase, sólo supuso una sangría del Tesoro Nacional en beneficio de los amos esclavistas. De ahí que la oligarquía opusiera una pseudo-resistencia más ambigua que feroz. Igualmente ambigua fue la eliminación del tributo indígena pues fue acompañada por el acaparamiento de las tierras comunales con el consecuente control sobre la mano de obra indígena, un proceso que culminó con las revoluciones liberales de los años 1870's.

<sup>11</sup> Estas medidas les atrajeron la simpatía de muchos desheredados pero tampoco conviene menospreciar la inteligencia de las masas pues era obvio que se trataba de una política demagógica y coyuntural. Sin embargo, paradójicamente, es probable que, frente a una abolición patriota-realista más teórica que real, indígenas y negros reaccionaran pragmáticamente manteniendo alguna suerte de adhesión al Coloniaje pues, como reza el conocido dicho, “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer” -traducido a la coyuntura de 1810, “el rey está lejos pero el amo es mi vecino”, i.e., mejor depender de un amo lejano que de uno cercano-.

todo caso, inferiores en virulencia a la propia de la emancipación; por esto último, no podemos confundir la lucha mayor con algunas luchas menores así como no podemos olvidar que, sin el concurso de los desheredados, las oligarquías criollas no hubieran llegado muy lejos en sus aspiraciones.

Finalmente, una banalidad: no todos los oligarcas criollos eran iguales. Por ejemplo, ¿qué parecido puede haber entre el ‘emperador’ Iturbide y el exiliado Artigas, el más avanzado de todos los Próceres?<sup>12</sup> .

### 3. Gran Bretaña fue la instigadora.

Por supuesto que el Reino Unido intervino en las Independencias pues las Colonias eran muy activas económicamente (exportaciones: 70 millones de pesos; importaciones, 60 millones; ello sin contar el contrabando que, en vísperas de 1810, era formidable)<sup>13</sup> . Por ende, son muy conocidos los nombres de algunos de los funcionarios británicos que conspiraron con los patriotas: lord Holland, lord Russell, Thomas Cochrane, William Miller, el coronel Patricio Campbell, el irlandés Daniel Florence O’Leary, el escocés Gregor McGregor, los vecinos de Maracaibo Juan McPherson y William Weir, etc. Pero media un gran trecho entre los papeles de cómplice y de autor principal. Abundar en el rol jugado por los ingleses es, simplemente, una burda manera de restarles méritos a los patriotas. La Europa, eurocéntrica por naturaleza e imperialista por vocación, está obsesionada por negar autonomía alguna a los no europeos. Fiel a sus monomanías, observa las Independencias con el ojo puesto en la paja de unos pocos militares europeos<sup>14</sup> negando que la viga la portaran los iberoamericanos.

---

<sup>12</sup> “En 1814, el director Posadas suscribió un bando que lo declaraba fuera de la ley, llamándole "bandido", "anarquista" y ofreciendo 6.000 pesos de recompensa a quien lo entregara vivo o muerto... Pueyrredón en 1918... describía su trayectoria de "capitán de bandidos, jefe de changadores y contrabandistas", luego "indultado de sus delitos", desertor de las filas españolas por resentimiento y, en suma, un "nuevo Atila" de las comarcas que "protegía"... El aludido se negó a desmentir éste y otros ataques semejantes. Dicen que dijo "mi gente no sabe leer"... En el *Facundo*, Sarmiento retrató a Artigas como arquetipo del caudillo bárbaro: habiendo sido un "contrabandista temible", fue investido comandante de campaña "por transacción", para someterlo a la autoridad y así llegó a conducir "las masas de a caballo" en un movimiento hostil a cualquier forma de civilización. En *Conflictos y armonías* afirmó que "era un salteador, nada más, nada menos"; "treinta años de práctica asesinando o robando" como jefe de bandoleros eran sus títulos para mandar "sobre el paisanaje de indiadas alborotadas por una revolución política"... El joven Mitre... lo llamó "caudillo del vandalaje", concluyendo que "era el jefe natural de la anarquía permanente", "enemigo de todo gobierno general y de todo orden regular", aunque también vió en él y otros jefes gauchos la expresión de una "democracia semibárbara" de las masas populares frente a los extravíos oligárquicos y monarquistas del grupo directorial. (Chumbita, 1997: op. cit.)

<sup>13</sup> Una comparación sobre el valor adquisitivo del peso: en el plan de Francisco de Miranda, bastante democrático pues podían formar los Comicios “los habitantes nacidos o ya establecidos en el país, cualquiera que sea la casta a que pertenezcan” y, además, porque “el Gobierno cuidará de distribuir a cada indio que no tenga propiedad suficiente, 10 fanegadas si es casado, y 5 si es soltero”, el votante debía disfrutar de una renta mínima anual de 50 pesos, una cantidad astronómicamente fuera del alcance de las castas inferiores (Miranda, *Proyecto de Gobierno Provisorio*, #1-2, Londres, 1808) (además, ver notas 7 y 36)

<sup>14</sup> Que nos han dejado memorias interesantes y no nos referimos sólo a las de imprescindibles de O’Leary, ayudante de Bolívar, sino a otras recientemente desempolvadas como las atribuidas al capitán Vowell (Anónimo: op. cit.) ¿Vowell? nos ofrece una estupenda descripción de la guerra en el Llano gran-colombiano a partir de 1818 en la que se mezclan las anécdotas de los Próceres con menciones de la participación indígena (ibid: 79, 129, 130, 144, 153, 159, 195, 205, 206, 211, 225, 242, 265, 277) Incluso hay una alusión a “la clase de mestizos que en diversas regiones de Sudamérica llaman *gitanos* y *chinganeros*, acaso por alusión al errante y vagabundo modo de vivir que han adoptado, pues no parece que haya motivo para creer que en realidad pertenezcan a esa peregrina raza de aventureros” (ibid: 161) Pues quizá se equivoque el inglés porque, en efecto, había gitanos en el teatro de operaciones –y los sigue habiendo en Colombia-.

Este antojo es tan consustancial al alma europea que lo padecen hasta los intelectuales de cierta izquierda. Véase el caso de Karl Marx: comentando la *Campaña de Ecuador 1822* -aquella que incorporó Quito, Pasto y Guayaquil a Colombia-, el ubicuo teutón nos asegura que “se efectuó bajo la dirección nominal de Bolívar y el general Sucre, pero los pocos éxitos alcanzados por el cuerpo de ejército se debieron íntegramente a los oficiales británicos, y en particular al coronel Sands” (Marx, voz “Bolívar y Ponte”, en *The New American Cyclopaedia*, tomo III, 1858)

Insistimos: sin el levantamiento de las masas, poco hubiera conseguido la oligarquía criolla, con o sin asesores ingleses. A pesar de que la victoria inglesa en la batalla naval de Trafalgar (1805) había hundido a la marina española, en 1810 y en materia ultramarina, el Imperio español todavía estaba -casi- a la par que sus colegas europeos. A este respecto, “vale la pena recordar que cien años antes España había pasado por una guerra civil larga y sangrienta (la guerra de Sucesión de España) sin que se desmoronara el imperio” (Knight: 474) En 1810, bastante tenían los ingleses con evitar la invasión de sus islas como para acudir con el grueso de sus fuerzas en ayuda de los patriotas iberoamericanos. En definitiva, su colaboración en las Independencias fue minúscula aunque no podamos decir lo mismo de los beneficios comerciales que obtuvo después -idem para los EEUU-.

4. *Se cometieron excesos por ambas partes pero no se pueden juzgar los acontecimientos de ayer con la moral de hoy.*

Esta trillada y soberana majadería es fotocopia de los viejos argumentos sobre la Invasión. Lo irritante es que la pregonan quienes, al mismo tiempo, pregonan que el mensaje de amor e igualdad de Jesucristo es inmutable y viejo de dos milenios. Entonces, ¿debemos suponer que la moral cristiana, papalmente igual a sí misma desde que in illo tempore la dictó el Mesías, se tomó unas vacaciones americanas entre 1492 y 1810? ¿Por eso se decía “no hay pecado al sur del Ecuador”? Divinidades y cartografías aparte, las obras de los clérigos Las Casas y Juan Barba y, sobre todo, de los poco conocidos laicos Gonzalo Guerrero y Gonzalo de Acosta, *Maçaru* por nombre indígena, -conquistadores que se pasaron al bando indígena o *aindiaron*-, nos demuestran que, tanto eclesiásticos como civiles, sabían desde el primer desembarco que la Invasión era absolutamente obscena.

Por tanto, no perderemos más tiempo rebatiendo este monumento a la hipocresía <sup>15</sup>. Pero sí debemos recordar que la moral cotidiana de 1810 era dictada por la Iglesia católica; es decir, que la Iglesia era su primera beneficiaria. Fiel al acreditado precepto de que “tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda”, el Papado jugó con dos barajas: Hidalgo, Morelos, fray Servando, Camilo Henríquez y Félix Varela en una; los obispos en la otra. El clero bajo podía decir-misa e incluso prender algunas mechas de los levantamientos populares pero los obispos no ahorraron anatemas contra la emancipación <sup>16</sup>. Ni anatemas ni excomuniones ni

---

<sup>15</sup> El ‘argumento’ a favor de una moral mudable también se deshace recurriendo al simple expediente de observar qué se decía en los mismos tiempos -1492 o 1810-, cuando eran los españoles los amenazados o los invadidos: los berberiscos eran torturadores natos además de mahométicos; los holandeses, traidores y herejes; los moriscos y los judíos españoles, bebedores de sangre infantil, etc. Por su parte, el Reino Unido fue “la pérfida Albión” desde el comienzo de los tiempos. ¿El gabacho es asesino porque invade España pero no el Conquistador cuando invade Indoamérica? Dicho en corto: exterminar a los enemigos siempre ha sido beneficencia civilizadora.

<sup>16</sup> La importancia respectiva de las ideologías realista o patriótica de los curas coloniales es un tema a debatir pues los especialistas discrepan entre sí. Según van Young, el 20-30 % de los curas mexicanos fue activamente independentista o, dicho a la inversa, el 70-80% era realista o ambiguo. Sin embargo, es conocida la postura (unánime) del alto clero. Ejemplo: ocho días después de que el cura Hidalgo diera el Grito de Dolores, su superior eclesiástico directo, el arzobispo Lizana, hizo saber que la insurrección “No es ni puede ser de quien se llama Cristiano; es contrario a la ley y doctrina de Jesucristo; y si el observar lo que él mismo nos manda sobre la caridad de nuestros hermanos nos conducirá al cielo; el participar lo

conspiraciones de la más violenta raigambre inquisitorial... hasta que, una vez consolidada la Independencia, con su proverbial diligencia para arrimarse al Poder, el clero entero se protegió bajo el ropón republicano.

La Inquisición, paradigma de violencia, es la genuina médula eclesial. Ahora bien, en materia de sublevaciones, la clandestinidad del insurrecto es un factor determinante. El Poder la contrarresta con el secretismo, factor en el que la Iglesia tiene mucho que enseñar a cualquier dirigente civil. Bien lo entendieron ambos poderes en 1810 y para muestra baste un botón: el virrey Abascal envió una carta al arzobispo de Lima instándole a que instruyera a sus sacerdotes para “no solo mantener la unión y sosiego público, sino á descubrir á cualquier individuo que se haga sospechoso por su conducta, conversaciones... *denunciándolo secretamente* al Juez respectivo” (mis cursivas, cit. en García: 48) Inquisición pura: la relajación al brazo secular para que el funcionario verdugo evite que el obispo se manche las manos. El confesionario como primer escalón hacia el patíbulo, chispazo que aprendieron a costa de su vida los innumerables patriotas que fueron delatados tras confiar imprudentemente en algún clérigo ‘progresista’. En verdad os digo, ¿era diferente la moral de 1810 a la de hoy?

## SEGUNDA PARTE

[Esta Segunda Parte se arriesga a ser esencialmente enumerativa. La componen los cinco principales grupos de Olvidados: *Mujeres, Indígenas, Negros, Españoles en América y Españoles en España*. Como ya avisamos en los primeros párrafos, omitimos las personalidades suficientemente conocidas (Manuela Sáenz, Pumacahua, Macandal, Picornell, del Riego) limitándonos a referir algunos nombres propios de actores secundarios pero que cuentan con alguna presencia en Internet de modo que el interesado pueda ampliar su información con relativa facilidad.

Por ello, entiéndase esta Segunda Parte como una solicitud para que los profesionales del ramo estudien estos tópicos. En estas cortas páginas, sólo podemos hacer una alusión general a los cinco grupos. Sobra decir que sin ninguna pretensión de exhaustividad; son tantos los nombres que han sobrevivido a los desmanes de la Historia Sagrada que los pocos que aquí mencionaremos deben entenderse como la punta del iceberg: no están todos los que son pero sí son todos los que están]

### **Mujeres: de *rabonas* a heroínas**

Citamos a las mujeres en primer lugar porque su enumeración es transversal a los siguientes colectivos de Olvidados pues las hubo indígenas, negras, etc. Sin embargo, al no mencionar a criollos ni mestizos por la simple razón de que no son grupos olvidados sino todo lo contrario, en este párrafo incluiremos algunas de las criollas y/o mestizas que suelen pasar desapercibidas en la narrativa de sus ilustres pares masculinos. Aunque, si quisiéramos solventar por la vía rápida este expediente, bastaría con acudir al sentido común y concluir que *chechez la femme*. Dicho en castellano: junto a cada soldado, hubo una *rabona* (= mujeres

---

contrario os llevará infaliblemente al infierno. Mirad qué recurso del Anticristo se ha aparecido en nuestra America para perderos” (cit. en Marín: 13) Por cierto, la ponencia de Marín fue de las contadas que, en el 53º congreso internacional de Americanistas (más de 2.500 ponencias, México, julio 2009) trataron el tema del Bicentenario. Y es curioso que fuera este autor –mexicano- el único que dedicara su esfuerzo a recordar las teorías del bando realista en un vano –y manido- intento de encontrar un punto medio entre los contendientes. La cita que encabeza su ponencia lo dice todo: “”Yo veo que los intereses de la península y los de sus Américas estan tan entrelazados que de la preponderancia de aquella, nace la felicidad de estas”, Florencio Perez Comoto, s.a.”.

soldado, Adelitas) y junto a cada Prócer hubo una mujer y no *detrás* sino *al lado* e incluso *por delante*.

Es posible que la mujer patriota por excelencia sea la quiteña Manuela Sáenz Aizpuru, de esplendorosa vida e injusto final (ver nota 21....) Sin embargo, no olvidemos que existió otra ilustre quiteña que, además, también se llamaba Manuela. Esta *Otra Manuelita*, por buen nombre Manuela Cañizares Álvarez, fue destacadísima conjurada en 1809 y, por tanto, Precursora de la Independencia. Narra la leyenda que, ante la natural aprensión de los juramentados del 10 de agosto, les tildó de ‘cobardes’ lo que, décadas después, llevó a Juan León Mera a retratarla como “nueva Judith, mujer fuerte, / que aunque acero no manejas / de dar mandobles no dejas / por dar al contrario muerte”.

Como Precursoras de la república del Ecuador fueron también las indígenas Lorenza Abimañay, Jacinta Juárez y Lorenza Peña quienes, en 1803, se sublevaron en Guamote y Columbe a la cabeza de diez mil indígenas exasperados por los pesados tributos que les imponía la Corona. Tras ser derrotadas, Abimañay fue degollada según rezaba la sentencia de la Real Audiencia de Quito “para que se perpetúe la memoria del castigo aplicado”. Pues, en efecto, aquellos jueces fueron maestros en el arte de la publicidad: más de dos siglos después, todavía les perpetuamos en nuestra memoria.

En contraste con aquella Judith ecuatoriana, la figura de la boliviana Juana Azurduy es ahora tan conocida como para no necesitar mayor reseña –incluso da nombre a un gasoducto binacional de 50 kms.-. Si transgredimos nuestra propia norma y la traemos a colación es porque su caso es especial pues pocas mujeres que hayan pasado a la historia como mestizas han hablado lenguas indígenas: Azurduy dominaba el quechua y se defendía en aymara. Al lado de este hecho, la disputa sobre si Azurduy fue boliviana o argentino-boliviana, es una bagatela. Lo cierto es que esta teniente coronela –hoy generala- levantó a los indígenas formando las famosas ‘guerrillas altoperuanas’ que emanciparon el territorio de La Laguna, mal llamado *republicueta*.

En Venezuela, no podemos olvidar a precursoras como las cimarronas Manucha Algarín, Juana Francisca, Juana Llanos y María Valentina, negras que, junto a Guillermo Riva, mantuvieron durante seis años varios *cumbes* o territorios libres (Barlovento, 1768-1774). Asimismo, son figuras prominentes desde Luisa Cáceres y Cecilia Mújica hasta Hipólita y Matea, las negras niñas de Simón Bolívar. Sin olvidar, por supuesto, a la aguerrida criolla Josefa Venancia de la Encarnación Camejo (1791-¿), firmante en plena guerra de una *Representación que hace el Bello Sexo al Gobierno de Barinas* (18.X.1811), una pieza merecedora de exhumación.

En México, destacaron Leona Vicario (1789-1842), miembro del grupo secreto Los Guadalupes y esposa del Prócer Andrés Quintana Roo, así como la corregidora Josefa Ortiz de Domínguez. En Paraguay, hoy es relativamente conocida la figura de Juana María de Lara<sup>17</sup> pero no ocurría lo mismo antes del Bicentenario. En Argentina, ¿qué decir de la ignota Rosa Campuzano, pese a todo alter ego de San Martín? Y así continuaremos por los siglos de los siglos ‘con una pequeña ayuda’ de los estudiosos -o, al menos, hasta que el término *Proceresa* sea tan común como el de *lideresa*-.

Por fortuna, el Bicentenario ha propiciado la aparición de congresos, seminarios y estudios concretos sobre tópicos antes tan olvidados como, por ejemplo, el de la participación de las

---

<sup>17</sup> Con fecha 25.XI.2009, la diputada Emilia Alfaro de Franco, propuso un Proyecto de Ley “por la cual se declara Prócer de la Independencia Paraguaya de 1811 a Doña Juana María de Lara” En los fundamentos de dicha propuesta se leen los méritos atesorados por de Lara encontrándose párrafos tan coloridos como el siguiente: en el momento de la insurrección doña Juana (1760-1825) “fue como de costumbre a la iglesia de la Catedral y se colocó de rodillas cerca de la pila de agua bendita. A medida que llegaban los patricios, ella les notificaba del cambio de planes, las acciones a desarrollarse, la hora fijada para su puesta en práctica y la señal que era *Independencia o muerte*”.

mujeres indígenas en las guerras emancipatorias (ver Montaner: op. cit.) pero, aun así, estamos todavía muy lejos de agotar la nómina de heroínas de la Independencia <sup>18</sup> .

### **Indígenas: los primeros serán los últimos**

Aunque sólo fuera por razones demográficas, es evidente que los amerindios constituyeron el grueso de los ejércitos de las guerras independentistas. Ahora bien, ¿en qué bando combatieron? ¿Fue la suya una participación activa o pasiva? Si admitimos que Indoamérica era -y sigue siendo- un conjunto variopinto en el que entraban desde las sedicentes aristocracias indígenas hasta los pueblos aislados, es obvio que estas preguntas no se pueden contestar con las generalizaciones que todos hemos padecido (“por realismo político, los indios fueron realistas”, “por enseñanzas de la historia, fueron renuentes a meterse en peleas de blanquitos”) Por ello, el Bicentenario es una buena ocasión para, al menos, eliminar del debate algunos lugares comunes de índole generalista. Ninguna respuesta a esas dos preguntas puede ser categórica y menos que ninguna el topicazo habitual de que los indígenas prefirieron “lo malo conocido que lo bueno por conocer”. Todo depende de la casuística pero la tricentenaria tradición de rebeliones indígenas contra ‘lo bueno conocido’ nos animan a dedicar este parágrafo a los casos de los pueblos indígenas que se unieron al bando emancipador.

¿Qué “se unieron”? Esta expresión, tan habitual como aparentemente inocua, nos indica el grado de contaminación racista que toleramos. En el uso del impersonal (‘se / unieron’) va implícito que los indígenas no adoptaron ninguna decisión individual y hasta ahí podríamos estar de acuerdo pero el vocablo ‘unieron’ quiere decir que la sublevación fue comenzada por otros y en esto discrepamos. ¿Por qué no decimos nunca que los indígenas encendieron la primera chispa? Razones no nos faltarían si lo hiciéramos: las enormes rebeliones de los dos Tupak (Amaru y Katari), nos autorizarían a considerar al indigenato como Precursor de la Independencia aunque, en buena ley, habría que complementarlo en segunda instancia con el resto de las ubicuas sediciones indígenas, con el cimarronaje perpetuo -ver siguiente parágrafo- y con las insurrecciones de los Comuneros de Paraguay, Colombia y Venezuela <sup>19</sup> .

Por todo ello y una vez desbrozado el huerto del peor hierbajo, creemos posible pasar a un sucinto análisis de algunos aspectos más o menos controvertidos de la participación indígena en la Independencia:

\* Discurriendo de lo sencillo a lo complejo -en este caso, de lo aceptado a lo polémico-, en primer lugar constatamos que los indígenas tuvieron una gran *importancia simbólica* en el doctrinario de los Próceres. Quizá el caso extremo lo represente el proyecto de recrear una monarquía incaica, una idea que, en 1790, Miranda ya expuso a Pitt pero que alcanzó cierta consistencia con San Martín (“admirable me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son geométricas”, carta a Godoy Cruz) y con otros de sus compañeros:

---

<sup>18</sup> Las universidades inglesas de Nottingham y Manchester desarrollaron durante cinco años el proyecto *Gendering Latin America Independence: Women’s Political Culture and the Textual Construction of Gender 1790-1850*. Su base de datos alcanzó los 2.339 nombres –la inmensa mayoría, de mujeres-. Ver [www.genderlatam.org.uk/Person-all.php](http://www.genderlatam.org.uk/Person-all.php)

<sup>19</sup> En Venezuela, a los efectos de este trabajo y recordando que algunos comuneros –o sus hijos- resurgieron en la Independencia, encontramos algunos nombres de insurrectos: *mujeres* como Salvadora Chacón; *indígenas* (estaba tan presente la gesta de Tupak Amaru que se vitoreaba al “Rey del Cuzco”) como Ignacio Márquez “capitán de los indios de Pregonero”, Félix María Parra “capitán de los indios de Guaraque” y Joaquín Medina; *mestizos* como Francisco Javier de Angulo; *españoles* peninsulares como José Gómez Montero y Jacinto Salas (Muñoz: 95; 116, 118; 96; 82, 115 respectivamente) Sin olvidar a contrabandistas como el criollo José Vicente de Aguiar, paladín de la amistad con los ingleses (ibid: 110-113)

“Belgrano alegó la importancia de ganar a las masas indígenas para la causa. La soberanía de un descendiente de los incas –para lo cual había varios candidatos ilustrados y de prestigio- sería simbólica, junto a un régimen representativo, pero tenía gran atractivo popular; y el proyecto de establecer la capital en Cuzco apuntaba al levantamiento del Perú. La perspectiva era, en palabras de Mitre, “*fundar un vasto imperio sud-americano que englobase casi la totalidad de la América española al sur del Ecuador*” (Chumbita 2007: op. cit.)

Poco importa que ni Miranda ni San Martín conocieran de cerca los restos del Inca y menos aún debemos escuchar la alevosa insinuación de que no hubieran sentido esa fascinación de haberles tocado combatir a los quechua-aymaras sublevados en masa pocas décadas antes. Es más significativo comprobar que su panteón estaba saturado de dioses indígenas tan dispersos como Moctezuma de Caupolicán. Se configuraba así un peculiar pan-indianismo de las élites que, mutatis mutandis y un tanto masificado, ha persistido hasta nuestros días. Continúa el mismo autor:

“En sus manifestaciones solemnes, según reconoció Mitre, “*los patriotas de aquella época invocaban con entusiasmo las manes de Manco Capac, de Moctezuma, de Guatimozin, de Atahualpa, de Siripo, de Lautaro, Caupolicán y Rengo, como a los padres y protectores de la raza americana*. Los incas, especialmente, constituían entonces la mitología de la revolución: *su Olimpo había reemplazado al de la antigua Grecia; su sol simbólico era el fuego sagrado de Prometeo, generador del patriotismo*” (mis versalitas, cit. en ibid)

Otra prueba del indigenismo simbólico de algunos Próceres es la famosa Logia Lautaro, alma de las conjuras no sólo en el Cono Sur <sup>20</sup> pues incluso hubo una proto-sección en el Cádiz de 1811. Por su influencia, las primeras naves de la Armada insurgente en el Sur se llamaron Lautaro, Araucano, Galvarino y Moctezuma. Y, además,

“La Asamblea del año XIII, controlada políticamente por la Logia Lautaro, declaró los derechos de igualdad ciudadana y dictó la libertad de vientres para terminar progresivamente con la esclavitud... se reconoció a los mismos [indígenas] como “*hombres perfectamente libres y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos*”, quedando extinguidas la mita, el yanaconazgo y toda forma de servicio personal. La resolución se mandó publicar en guaraní, quichua y aimara” (ibid)

Por su parte, en el otro extremo de Iberoamérica, con mayor motivo se exhortó a continuar el (glorioso) pasado indígena. Véase el discurso de Morelos en la inauguración del congreso de Chilpancingo:

“¡Genios de Moctehuzoma, de Cacamatzin, de Cuauhtimotzin, de Xicontenatl y de Catzonzi!, celebrad como celebrasteis el mitote en que fuisteis acometidos por la pérfida espada de Alvarado, este dichoso instante en que vuestros hijos se han reunido para vengar vuestros desafueros y ultrajes, y librarse de las garras de la tiranía y fanatismo que los iba a sorber para siempre... al 12 de agosto de 1521, sucedió el 14 de septiembre de 1813, en aquel se apretaron las cadenas de vuestra servidumbre en México Tenoxtitlan, en éste se rompen para siempre en el venturoso pueblo de Chilpancingo” (edición de C.M<sup>a</sup>. de Bustamante, 1843)

---

<sup>20</sup> Para quienes conceden una importancia –desmedida- a los ritos católicos practicados en la guerra por los criollos, a esta pseudo-Logia “le faltaba el carácter fundamental para ser masónica: ateísmo, anticlericalismo y antimonarquismo” (A. Tonelli, 1943)

\* En segundo lugar de aceptación, todos podemos seguir estando de acuerdo en que, irrespective del anterior discurso patricio, los indígenas *se opusieron al liberalismo* que los oligarcas insinuaron -o manifestaron sin tapujos- desde los primeros Gritos. Pero, una vez aceptada esta generalización, debemos matizarla y sólo hay un camino para ello: los estudios de casos. Ejemplo:

“La recepción del liberalismo que tuvieron los diversos grupos indígenas de Sonora fue diversa. Mucho tuvo que ver el grado de integración que habían alcanzado en la sociedad hispana. En el caso de los ópatas y los pimas, desde fines del siglo XVIII sus pueblos se habían convertido en mixtos y en su seno coexistían tanto el gobierno indígena con sus menguadas atribuciones corporativas como el de los justicias reales, y el paso de las categorías políticas de “hijos del pueblo” a “vecinos de razón”, era aparentemente discrecional. En el caso de los pueblos yaquis, su oposición al establecimiento de vecinos de razón había permitido que el gobierno indígena se mantuviera fuerte, sin competencia seria” (Medina, op. cit.)<sup>21</sup>.

Evidentemente, del caso de Sonora sólo es generalizable su primera frase: ‘la recepción del liberalismo fue diversa’. Si esa diversidad ocurría en un ámbito reducido, imaginemos los grados de error que se acumularían cada vez que ampliáramos el panorama.

\* En tercer lugar y volviendo a los *estudios regionales* (ver supra, # De la antropología...), entramos ya en materias discutibles. Ejemplificábamos en van Young la fecundidad de la historiografía micro y ahora podemos llegar a la conclusión de que, pese a no tratar exclusivamente de indígenas, los hallazgos de este autor sobre la Nueva España son extrapolables, salvo para los casos del Alto Perú (Bolivia) y de los confines del Imperio (Amazonas, Chaco, Patagonia). Según el comentario de Knight, esos hallazgos nos conducen a cinco tesis de las que, hoy, nos interesan dos:

+ en las sublevaciones locales hubo una clara divergencia entre los modelos elitescos y los populares. Siendo casi banalmente veraz, llevada la tesis a su caso extremo -el mesianismo, huelga añadir, popular-, tropezamos con alguna duda: al analizar los mesianismos -más comunes en el Perú que en Nueva España- van Young duda y los relega a corrientes subterráneas -¿de qué importancia?- pero su crítico dice, “Hay poca evidencia de dirigentes mesiánicos. Aquellos de quienes hay prueba, lograron poco” (Knight: 491) Otrosí, el mesianismo se asocia vulgarmente a pueblos aislados y/o tradicionales. Sin embargo, “aunque esto pudiera ser -¿parcialmente?- cierto para México o, quizás, Brasil, no lo es para la Europa de finales de la Edad Media, donde el norte de Italia y los Países Bajos, regiones comerciales muy desarrolladas, fueron pioneras en la heterodoxia religiosa” (ibid: 493)

En otras palabras, se ha exagerado la amplitud del mesianismo en la Independencia y, desde luego, existe una inconfesable aversión a endilgar tan tremendo sanbenito a los europeos. A lo que añadiríamos de nuestra cosecha: ¿por qué ‘huelga añadir que el mesianismo es siempre popular’? ¿es que las élites no pueden ser mesiánicas? El mesianismo es popular cuando pierde en su batalla contra la jerarquía religiosa pero es futurista e incluso ilustrado cuando llega a un compromiso con el enemigo: Juan Santos Atahualpa o António el Conselheiro son mesiánicos

---

<sup>21</sup> Esta reticencia continuó después de la Independencia lo que prueba que, para estos indígenas, la Independencia no había significado ninguna revolución por lo que, “A la par de la oposición violenta de los ópatas, los yaquis también iniciaron una serie de levantamientos desde 1825, al parecer contra las políticas de medir y cobrar por los solares de los pueblos. A partir de este movimiento se desarrolló el liderazgo de Juan Ignacio Jusacamea, conocido como Juan Banderas, quien articuló un movimiento armado que agrupó a yaquis, mayos, ópatas y pimas, con la intención de crear un gobierno indígena independiente del Estado mexicano. Si bien este movimiento fue finalmente derrotado a principios de 1833” (ibid)

pero no Lutero ni siquiera el Reverendo Moon. Además, a nuestro entender, las élites exhiben un comportamiento y también una ideología que deberían definirse como ultra-mesiánicas. De lo contrario, ¿cómo calificar su permanente adicción a la guerra?, ¿acaso no es mesianismo y de la peor especie llevar la guerra al terreno nuclear? Los que han ganado una vez creen que ganarán siempre. Los que no han ganado nunca, no tienen ningún motivo para fantasear -y menos, criminalmente-.

+ en una sublevación local, prima la comunidad hasta el punto de convertirse en la “unidad clave de análisis” (Knight: 494) Por tanto, el motor principal no es la clase ni la región ni siquiera la etnia. Dejamos para otra ocasión la debida poda a este desmesurado casticismo de van Young porque nos interesa otro punto: el análisis de los conflictos internos. Es indudable que dentro de algunos pueblos indígenas había caciques o “Señores indígenas” lo cual, dicho en términos decimonónicos y actuales, significa que había lucha de clases, todo lo sui generis que se quiera y todo lo inadecuado que pueda ser estudiarla con las herramientas europeas, pero lucha de clases al fin y al cabo. Por tanto, la unidad comunitaria no podía ser absoluta; el Señor podía tomar un partido pero su comunidad podía seguir otro –o dividirse como debió ser frecuente-. De ahí que surjan confusiones mil cuando se perora sobre el realismo o el republicanismo de las comunidades indígenas en 1810.

Dejando a van Young, queremos añadir que la adscripción al terruño es uno de los temas que más nos interesan por lo que tiene de significativo para explicar la mayor o menor articulación entre la élite criolla y los pueblos indígenas. Además, es de mucho peso a la hora de calibrar la eficacia o ineficacia de la rebelión indígena. Y es que, por definición, los indígenas carecen de movilidad geográfica mientras que los mestizos son cuasi nómadas -sino por definición al menos por imaginación popular-. Pero resulta que muchos indígenas podían circular por los territorios coloniales –y no nos referimos a los indígenas falsamente tenidos por ‘nómadas’ ni a las migraciones de pueblos enteros como las famosas de los guaraníes ni tampoco a los *mitimaes* del Incario-. En una primera fase, la Invasión había tratado de reducirlos pero con medianos resultados globales mientras que, posteriormente, las necesidades del comercio y de la mano de obra habían suavizado las ordenanzas restrictivas. Por ello, lo que se produjo fue un mosaico de rebeliones locales cuyas teselas estaban articuladas por criollos y por mestizos. La cuestión es saber hasta qué punto esta articulación condicionaba esas rebeliones.

Esta realidad socio-geográfica tenía su trasunto teórico en la asunción de que el criollo-mestizo era cosmopolita por lo que sus objetivos apuntaban a una integración iberoamericana más allá de la independencia nacional de turno mientras que el indígena, por su aldeanismo, era incapaz de imaginar conjuntos políticos amplios. Entramos así en el resbaladizo terreno de las últimas, íntimas e incluso oníricas motivaciones de los indígenas, un terreno en el que se olvida sistemáticamente el papel que puede jugar la clandestinidad. Además, resulta que fenómenos actuales como son el pan-indianismo e incluso el recurso a las glorias del Incario y de Aztlán, introducen un factor de corrección a aquellas suposiciones –más global que particularmente válidas-. En cualquier caso, el debate sigue abierto.

Una vez considerados los anteriores requisitos metodológicos, podemos entrar en la nómina de los indígenas insurrectos, una tarea contradictoria puesto que si el pueblo suele hundirse en el anonimato del texto histórico habitual, con mayor motivo lo será el individuo. Contradictoria y, además, difícil encuesta porque el descuido que suele perseguir a todo lo indígena se multiplica en los relatos de 1810. Aunque se ha escrito mucho sobre acciones clara y exclusivamente indígenas como, por ejemplo, las llamadas ‘guerrillas altoperuanas’ (véase supra, #Mujeres... Juana Azurduy), es preciso escudriñar en los intersticios de estas narrativas para descubrir algunos nombres propios de amerindios. Por ejemplo, hemos encontrado el del capitán Andrés Delgado, un nombre perdido entre unas líneas que nada tienen que ver con las omnipresentes insurrecciones indígenas:

“Esa fuerza era por fortuna lo mejor de la caballería insurgente, al mando de un hombre joven, analfabeto, *de pura sangre india*, pero un héroe de nacimiento que llevaba el sobrenombre de ‘El Giro’. A la cabeza de su grupo de bravos y con este valiente a su lado, Mina atravesó las líneas enemigas” (mis cursivas; Bradburn, cit. en Ortuño: 359)

No menos perdidas se encuentran las demás referencias que hemos podido encontrar. Aun así, es posible rastrear nombres como el del arriero Basilio Auqui Hauyalla, quien organizó un batallón de Morochucos de Pampa Cangallo que, a pesar de estar armado casi exclusivamente con rejonas, lanzas, hondas y lazos, venció a las tropas realistas hasta que, traicionado por un tal Quinto, fue agarrotado junto con sus hijos y nietos. Para mayor represalia, los realistas arrasaron su villorrio y lo hicieron saber mediante carteles: “Queda reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos, el criminosísimo Cangallo... nido de ladrones, asesinos y toda clase de delincuentes”. En 1974, se inauguró en Ayacucho un busto del infortunado Auqui (Guzmán, 2ª op. cit) Ahora bien, según este mismo autor,

“Tal vez la omisión más grave sea la que ha sepultado en el olvido al insigne coronel cuzqueño Santiago Marcelino Carreño, cuyo nombre casi nadie recuerda pese a que fue el oficial peruano de mayor graduación que murió en la batalla de Ayacucho. De los jefes patriotas sólo el británico Guillermo Miller lo citó entre los héroes; todos los demás lo silenciaron, olvidando a quien fuera de los libertadores de Chile, vencedor de varias acciones guerrilleras” (Guzmán 2003, op. cit.)

Son escasos los relatos de primera mano que narren con detalle los modos guerreros de participación o protagonismo del indigenato –y no conocemos ninguno firmado por un indígena-. Según una etnohistoriadora, “quien más diferencia a los indios en los relatos que hemos analizado [sobre las guerras en los Andes meridionales] fue Padilla [Manuel A. Padilla, el esposo de Juana Azurduy, ver supra #Mujeres] aunque no lo hace en términos sociales sino militares” (Gil: op. cit.) En un memorial que eleva a los Próceres, este patriota describe el tipo de relación mandos indígenas-mandos insurgentes que debió prevalecer no sólo en el marco altoperuano en el que guerreó. Según comenta esta autora:

“Dentro de sus fuerzas tenía indios de honda, fusileros, indios flecheros chiriguano... destaca su relación con Cumbay, cacique chiriguano. Con éste Padilla tuvo diferentes tratos, desde la solicitud de protección para él y su gente, hasta las negociaciones para la participación de los indios flecheros junto con sus tropas. Cumbay decidía sobre estos temas y además sobre el papel de sus flecheros en los enfrentamientos” (ibid)

Cumbay, caro te vendes <sup>22</sup>. Quien, sin embargo, no requiere mayor esfuerzo para ser conocido es el nombre del brigadier Mateo Pumacahua (1740-1815), ejemplo de esos sedicentes vaivenes indígenas que algunos consideran intrínsecos a esa raza ignota. Y es que, en efecto, el cacique Pumacahua luchó contra Tupak Amaru hasta que, abandonado por los criollos, fue capturado y ejecutado en Cuzco; una trayectoria paralela a las de los mestizos Pedro D. Murillo -quien, después de combatir a Tupak Katari, llegó a ser el Prócer y Mártir de Bolivia- y Andrés Santa

---

<sup>22</sup> *Chiriguano* (= mierda fría) es la denominación despectiva con la que los Quechua designaban al pueblo guaraní que habita en la periferia del Chaco boliviano. Su etnónimo genérico es *Avá*, común a otros pueblos guaraníes. El ejército boliviano le recompensó por sus aportes a la Independencia masacrándolos en la celada de Kuruyuki 1892. El Ché Guevara organizó su último foco guerrillero en territorio avá pero es inútil buscar este término en su famoso Diario –o en los de sus compañeros-. Desconocer la emboscada de Kuruyuki y, sobre todo, ignorar el factor étnico creyendo que eran simples campesinos, está en la raíz del fracaso de aquella guerrilla. Sin embargo y como corresponde a todo lo indígena, es una raíz olvidada en la inmensa mayoría de los estudios que generó aquella peripecia.

Por lo demás, esta autora menciona otros nombres de indígenas: Cala, Isidro Taritolay, Aracena y José Cruz Obando (ibid) pero no está claro si eran todos ellos realistas o patriotas.

Cruz -quien fue realista y después presidente de Bolivia-. Pero en los casos de los mestizos no se habla de vaivenes sino de estrategia...

Item más, poseídos por el ‘prurito intersticial’, nos obligamos a mirar en los rincones metodológicos en busca de cualquier tópico que tenga algún atisbo de fecundidad <sup>23</sup> . Alguno creemos haber encontrado: un proceso que dista mucho de ser anecdótico puesto que ilustra perfectamente sobre el decurso de los sentimientos criollos –de la monarquía incaica al olvido-, es el sufrido por las letras de los himnos nacionales iberoamericanos. En sólo tres de ellas, la vindicación de lo indígena era patente porque se compusieron durante las contiendas emancipatorias pero, después, toda alusión a lo indígena desapareció en Argentina y Uruguay. Veamos:

La letra del himno nacional de Argentina data de 1813 pero, en 1924, fue expurgada de seis estrofas, entre ellas: “Se conmueven del Inca las tumbas / y en sus huesos revive el ardor, / lo que va renovando a sus hijos / de la Patria el antiguo esplendor”.

En el de Uruguay (1833) se expurgaron diez estrofas en 1938, entre ellas: “El estruendo que en torno resuena / de Atahualpa la tumba se abrió, / y batiendo sañudo las palmas / su esqueleto ¡venganza! gritó: / los patriotas el eco grandioso / se electrizan en fuego marcial, / y en su enseña más vivo relumbra / de los Incas el Dios inmortal”

Sin embargo, en la letra del himno chileno (1819), los versos de la IV estrofa “Con su sangre el altivo araucano / nos legó por herencia el valor”, sobrevivieron a la corrección efectuada en 1904. Por otra parte, el único himno que no data de los años independentistas y que, en buena medida, se inspira en lo indígena es el de Honduras (1915) <sup>24</sup> .

Con semejantes antecedentes, ¿a quién le extraña que los indígenas actuales tengan tan escaso interés en los fastos del Bicentenario? ‘No somos independientes y, por tanto, no tenemos nada que celebrar’, es una de las frases-clave que resume y simplifica sus opiniones.

“A principios del siglo XIX de cada 10 habitantes 8 eran hablantes de alguna lengua indígena. A pesar de ello... los insurgentes habían incorporado a los indígenas solo como fuerza de choque, como tropa, de correos a lo sumo. Influidos por la ideología liberal francesa y hasta monárquica española, los insurgentes nunca pensaron en un proyecto de Nación multiétnica... nunca nos ofrecieron ser hermanos” (Atenco: 33-34)

---

<sup>23</sup> Y no sólo tópico sino también fuente, aunque sea periodística. Incluso hemos buscado en las proclamas de la izquierda occidentalizante. Pero ésta, inmersa en la pelea global contra el capitalismo, no concede apenas espacio -y, desde luego, ningún protagonismo- a los Olvidados. Ejemplo: en un buen texto generalista de 10.000 palabras en el que, con harta perspicacia, se destaca la mezquindad española a la hora de reconocer las Independencias –la de Colombia se demoró ¡hasta 1880!-, los Olvidados aparecen: *indios*, 13 veces; *indígenas*, 4; *aborígenes*, 2; *negros*, 2; *mujeres*, 0. Y ello pese a que subraya la resistencia a la Invasión de pueblos indígenas como los nicaraos, Kuna, Mapuche y Guaraníes así como la *decisiva* aportación de ‘indios y negros’ a las Independencias. ‘Resistentes’, pero en 1492; ‘decisiva’ pero se agota en el adjetivo (Moncada, op. cit.)

<sup>24</sup> Algunos de sus versos rezan: “India virgen y hermosa dormías / de tus mares al canto sonoro, / cuando echada en tus cuencas de oro / el audaz navegante te halló; / y al mirar tu belleza extasiado, / al influjo ideal de tu encanto, / la orla azul de tu espléndido manto / con su beso de amor consagró... Era inútil que el indio tu amado, / se aprestara a la lucha con ira, / porque envuelto en su sangre Lempira / en la noche profunda se hundió; / y de la épica hazaña, en memoria, / la leyenda tan sólo ha guardado / de un sepulcro el lugar ignorado / y el severo perfil de un peñón”. Insólito es el caso de la letra del himno de Costa Rica: pese a ser obra del ácrata José M<sup>a</sup> Billo Zeledón Brines (1903), lo más que se aproxima a lo indígena es cuando caracteriza a los costarricenses como “labriegos sencillos” [Agradezco a Francisco Bobillo haberme instruido sobre los significantes agazapados en los himnos nacionales, autonómicos u otros. Obviamente, ello no significa que comparta o deje de compartir mis interpretaciones]

Por su parte, desde Ecuador la CONAIE es no menos contundente cuando afirma que la Independencia fue,

“una gesta libertaria aun inconclusa... Nuestros ancestros lucharon por la recuperación de nuestras tierras y territorios; derramaron su sangre con honor por la libertad y la justicia. Pensamos que la esclavitud había terminado, lo único que se dio con la gesta libertaria fue un cambio de amo. El sistema esclavista se perpetuó cruelmente” (Manifiesto del Consejo de Gobierno, 09.VIII.2009, Día Internacional de los Pueblos Indígenas)

Resumiendo, otra de las frases-clave que se repite continuamente en las declaraciones indígenas es la denuncia de la “visión excluyente” de los sacrosantos Próceres <sup>25</sup>. Por ahora, frente a esta amarga e incluso aguafiestas acusación, la academia ha tenido algunas pocas pero excelentes iniciativas <sup>26</sup>. Bueno sería que prestáramos alguna atención a los intelectuales indígenas que teorizaron –a veces, en directo- sobre las rebeliones indígenas. Amparados en el leit motiv del pensamiento comunitario y enfebrecidos por el brillo de los héroes de acción, no recordamos a estos personajes aunque haberlos, tuvo que haberlos. Por ejemplo, ¿cuánto se ha escrito sobre Mariano Barrera, el apoderado y teórico de Tupak Amaru?

### **Negros: los negreados**

En 1810, los negros tenían tras de sí una larga tradición de rebeldía encarnada en los *cimarrones* (que vivían en *cumbes*, *palenques*, *rochelas* o *patudos*), *nobundas*, *apalencados* (habitantes de *palenques*), *quilombolas* (de *quilombo*), *amocambados* (de *mocambo*) y pobladores de las *bastilhas* o reductos de negros alzados en Rio de Janeiro <sup>27</sup>. Por tanto, nada nos impide especular que –junto con las sempiternas rebeliones indígenas- el cimarronaje fue el Precursor de la Independencia, con los preclaros nombres de Macandal y Boukman como antecedentes de la emancipación haitiana de 1804. En cuanto a Tierra Firme, es bien conocido que la Venezuela revolucionaria fue precedida por dos insurrecciones negras, la de José Leonardo Chirinos - ¿zambo?-, José Caridad González, Juana Antonia, Polonia y Trinidad (Coro, 1795-1796) y la de pardo Francisco José –o Javier- Pirela (Maracaibo, 1799) Y, en cuanto a Cuba, no debemos olvidar al negro libre José Antonio Aponte (*Conspiración de Aponte*, 1812), uno de los escasos ecos que las guerras comenzadas en 1809-1810 encontraron en esa isla.

---

<sup>25</sup> “Rechazamos los festejos oficialistas del Centenario de la Revolución Mexicana y del Bicentenario de la Guerra de independencia, porque a pesar de que en esos hechos históricos participaron nuestros antepasados indígenas, solo fuimos utilizados como carne de cañón, dejándonos en las mismas condiciones de injusticia, discriminación y olvido en que estábamos antes del inicio de esos movimientos. Los que construyeron este Estado-Nación lo hicieron con una *visión excluyente*, pretendiendo en todo momento la desaparición de nuestra existencia en la Carta Magna, trayendo hasta la actualidad consecuencias nefastas” (mis cursivas; *Pronunciamento. Encuentro Nacional por la Rearticulación del Movimiento Indígena*, Coxcatlan, Puebla, México, 5-6.XII.2009)

<sup>26</sup> En México se celebró un congreso internacional titulado *Los indígenas en la Independencia y en la Revolución mexicana* (UNAM, 22-26.II.2010) coordinado por Miguel León-Portilla y Alicia Mayer. Se compuso de 4 conferencias magistrales y 40 ponencias varias de ellas –y esto es lo que nos interesa destacar- dictadas por intelectuales indígenas.

<sup>27</sup> En las otras Colonias, se les denominaba: en las posesiones francesas, *marron* y, en las inglesas, *maroon*, *kromantis*, *bush negroes* y habitantes de los *free villages*. De ellos derivan pueblos que pueden ser homologados con los pueblos indígenas; por ejemplo, en Surinam los Saramaka, Djuka, Matawai, Aluku, Paramaka y Kwinti.

Tampoco es posible menospreciar el valor que tuvo la ayuda del presidente haitiano Petión a Bolívar cuando éste se encontraba en sus horas más bajas (1816; Petión también auxilió a Mina *el Mozo*, ver infra #Españoles en América). Gracias a ella, aquel año marcó el *point tournant* de las hostilidades. Otra cuestión es que el socorro de aquellos negros se hizo a cambio de una promesa bolivariana de manumisión de los esclavos que, en puridad, se demoró desde la raquítica ley de 1821 de la Gran Colombia hasta, en Venezuela, la definitiva del 24.III.1854.

Quizá el apelativo que se ganó el famoso venezolano Pedro Camejo, más conocido como *Negro Primero* (¿-Carabobo, 1821) y hoy convertido en icono popular, sea un reflejo fiel de la primera línea que ocuparon los negros en el campo del honor<sup>28</sup>. Lo cual es compatible con otro hecho habitual: que este Prócer combatió en las filas realistas hasta 1816. Aunque el caso trágicamente extremo de esta ambigüedad racial fue el protagonizado, también en Venezuela, por el mulato curazoleño Manuel Piar quien, pese a ser uno de los generales insurgentes más brillantes, fue fusilado el 16.X.1817 por sus compañeros bajo la acusación de despertar la *guerra de castas* u odio racial. Ese día se extinguió la posibilidad de profundizar en la revolución; dos siglos después, la igualdad real entre las ‘castas’ sigue pendiente.

Mal que le pese a la Historia Sagrada, la contribución de los negros a las guerras patrióticas no se limitó a corear las consignas de los Próceres. Ejemplo:

“El 11 de noviembre de 1811, una multitud de negros y mulatos patriotas, armados con lanzas, cuchillos y pistolas asaltaron el palacio de gobierno de Cartagena. Luego de insultar y golpear a los miembros criollos que conducían la junta revolucionaria, la multitud les forzó a firmar una declaración de independencia contra su voluntad” (Lasso: #1)

Añade esta autora en lo que consideramos como un excelente ejemplo de la utilidad de la perspectiva historiográfica regional cuando está enmarcada en una sólida perspectiva global, que los

“conflictos sobre la naturaleza y extensión de la participación política de la clase baja, comenzaron a dividir a los patriotas cartageneros en dos bandos distintivos: los piñeristas [por sus líderes, los hermanos Piñeres]o “demagogos” y los toledistas [por el gobernador García de Toledo] o “aristócratas”... [a los Piñeres] se les comparaba con Danton y Marat ... no solamente no temían llamar a las calles a negros y mulatos, sino que en su retórica revolucionaria enfatizaban el fin de la aristocracia y la igualdad de todos los hombres... ellos y sus seguidores llevaron la retórica anti-aristocrática de igualdad racial a niveles que la elite criolla local no estaba dispuesta a soportar” (ibid: #21)<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Por ello, en batallas como la de Sipe-Sipe (o de Viluma, en Cochabamba 1815), fueron aniquilados dos regimientos de negros, más de un millar de hombres. Por ello, de los dos mil negros que, entre 1816 y 1823, lucharon en el Ejército de los Andes, sólo regresaron 143. Por ello, los negros que, al grito de “querré achucha, tomá pachuca”, arremetieron machete en mano contra los fusiles españoles haciendo retroceder a los realistas que ya creían ganada la partida, lograron que el patriado sureño venciera en la batalla de Maipú (Chile 1818)... aunque en ella perdieran la vida casi el 90%.

Item más, la fama de Negro Primero quizá haya contribuido a ocultar que otros dos Próceres (menores), Lino Gallardo y Juan José Landaeta -¿autores del himno de Venezuela?-, eran pardos.

<sup>29</sup> Como podemos ver en esta cita, al final siempre aparecen más criollos que negros. Y es que, en cuanto a nombres propios, es curioso que, aparte del “artesano Pedro Romero” (ibid: #24), ni siquiera esta autora cite algunos que podrían ser interesantes. Por ejemplo, sólo menciona que, en una reunión de la Junta de Cartagena (11.VIII.1810), “una muchedumbre liderada por un oficial de milicias afro-colombiano se reunió frente al palacio de gobierno para solicitar... etc” (ibid: #18) ¿Quién era ese oficial? Somos conscientes de que los nombres propios escapan al tema de ese magnífico ensayo –el más ilustrativo de la

Un trabajo aparecido en el mismo volumen nos afianza en la idea de que los estudios de caso son hoy más necesarios que nunca y, de paso, nos permite ampliar la nómina de negros Precursores: además de citar a varios pardos, Gómez añade que, en la conspiración de 1797 llamada *de Gual y España* -cuando debiera ser *de Picornell, Gual y España*- “también tomaron parte al menos tres soldados negros, Juan Moreno, Lorenzo Acosta y Ramón Príncipe” (Gómez: #13) A la vista del ninguneo que ha sufrido la figura de Picornell –y de sus compañeros-, es muy de agradecer que este autor le dedique 33 párrafos a su conspiración (ibid: #13-30, 91-94, 119; ver infra, #Españoles en América)

Avanzada la independencia venezolana, aparecen otros nombres de dirigentes negros: el *moreno* Ibarra, Francisco de Paula Camacho (ibid: #52). En cuanto a la renuencia e incluso oposición armada que sintieron muchos degradados a la incautación de la Independencia por parte de los criollos, este autor resume sus causas en el “desprecio que sentían las clases más bajas a la aristocracia criolla, al rechazo que se tenía a los muchos franceses que rodeaban a Miranda, y a que los realistas también estaban haciendo ofertas liberales” (ibid: 70) Como se sabe, estas ofertas llegaron al extremo –no sólo en Venezuela- de manumitir a los negros esclavos a condición de que se incorporaran al ejército del rey. Muchos lo hicieron lo cual, unido a la violenta aparición de los llaneros de Boves, ha ocasionado que el período central de esta Independencia se defina como ‘guerra civil’ (L. Vallenilla Lanz) o ‘etno-civil’ (Gómez) A nuestro juicio, ambas definiciones estarían más próximas a la verdad si se les sumara lo clasista y lo territorial –lo federal o, en términos actuales, lo autonómico- y se les restara lo religioso (religiosidad elitista-urbana versus religiosidad popular-rural), una variable de poca importancia en este caso y sólo en este caso. El resultado sería tan poliédrico como cualquier revolución.

Dejando a Venezuela, echaremos una rápida ojeada al resto de las Independencias. En Ecuador, debemos recordar al general Juan Otamendi Anangonó (Caracas, 1797-Ecuador, 1845), alias *el Centauro de Ébano* o *el Tigre de la batalla de Miñarica*. En Perú, al pintor peruano-chileno José Gil de Castro (alias *Mulato Gil*, 1785-ca. 1850), capitán en las milicias y ‘fotógrafo’ de los Próceres patriotas así como los milicianos José Rayo, León Escobar o Negro León quienes sobrevivieron a la guerra convirtiéndose en próceres menores –algunos les llaman caudillos- de la naciente república<sup>30</sup>. En Uruguay, es relativamente conocido *el Negro Ansina*, esclavo liberado por Artigas de quien fue mano derecha toda su vida; menos se habla del capitán Antonio Videla, muerto en Montevideo cuando estaba al frente de un batallón de cazadores morenos y pardos.

En cuanto al reconocimiento que pudieran tener en los himnos nacionales (ver supra, # Indígenas) el panorama no puede ser más descorazonador: ninguna mención ni siquiera en los himnos de aquellos países con mayoría negra –léase, Brasil-. Más aún, en el de Haití sólo de pasada se homenajea a “les Ancêtres” (¿).

---

bibliografía que citamos, aunque pivote sobre la *modernidad*, un campo semántico del que recelamos- pero nos hubiera gustado saberlo. Otros autores que han estudiado el caso cartagenero son Alfonso Múnera y Aline Helg; quizá en ellos está ese nombre pero no hemos podido consultarlos.

<sup>30</sup> Las relaciones indo-negras, tan enrevesadas como todas las relaciones entre castas oprimidas, se manifiestan en toda su complejidad cuando, tirios y troyanos, adjudican a la Precursora Micaela Bastidas (esposa de Tupak Amaru) la condición de ‘india’ o, todo lo más, de ‘india acriollada’. En realidad, Bastidas era zamba pues su padre, Manuel B., era negro –no sabemos en qué grado- y su madre, Josefa Puyucagua, indígena. Para enredar más la genealogía socio-política, cuando casó con J.B. Condorcánqui sus padres la acompañaron a Surimana donde figuraron como “españoles” hasta el punto de que su padre pasó a tener Don.

Por lo que respecta a la posición de las actuales organizaciones negras sobre el Bicentenario, por ahora no tenemos noticia de ningún pronunciamiento. En cuanto a los individuos, subrayaremos que en algunos el tono es sumamente crítico frente a conservadores y marxistas <sup>31</sup>.

### **Espanoles en América**

No sólo hubo gachupines y chapetones sino también españoles que ingresaron en las filas republicanas. Tenemos a estos héroes proscritos como émulos de la pléyade de conquistadores aindiados, una constante en la historia de la Invasión con ejemplos famosos desde los primeros encontronazos –Gonzalo Guerrero- hasta bien avanzado el siglo XVII –caso del sevillano Pedro Chamijo o *el Inca* Bohórquez, ejecutado el 3.I.1667 tras pasar ocho años de tortura carcelaria–.

Es indudable que el republicanismo era fuerte en la España desde antes de 1810; recuérdese la *conspiración de San Blas* (Madrid, 03.II.1795) en la que participó el ya citado Picornell y es lógico asumir que hubo comunicación entre los anti-monárquicos de ambos hemisferios <sup>32</sup>. No menos lógico es imaginar el peligro que corrían estos españoles republicanos pues, desde el comienzo de la Invasión, los funcionarios reales podían,

“castigar como convenga a algunos españoles que fueren, y permanecieren inobedientes a nuestro real servicio, y por buenos medios no pudieren ser traídos a obediencia, les puedan hacer la guerra en la forma, que les pareciere” (Leyes de Indias, Recopilación del año 1563, Ley VI, Título IV, Libro III)

Entre todos ellos, destacan Juan Bautista Picornell y Mina *el Mozo* sobre los que, pese a la enorme importancia de sus contribuciones a las Independencias y aunque nos duela no reflejar siquiera un átomo de sus extraordinarias vidas, obras y pensamientos, nos limitaremos a mencionarlos en unas breves líneas porque, como decíamos al principio de este trabajo, son relativamente conocidos –dicho en vulgar romance, “están en internet”-.

El primero, Precursor en Venezuela por su papel como catalizador de la conspiración de 1797 –llamada *de Gual y España* como dijimos y también *la guaireña*- y agente revolucionario en las conjuras del Caribe y norte de México, es el personaje que más requiere de rehabilitación

---

<sup>31</sup> Por ejemplo, el venezolano Jesús *Chucho* García, después de demostrar a través de sus propios escritos el racismo de connotados teóricos del mestizaje como Arturo Uslar Pietri (“El negro, por su parte, tampoco constituye un aporte que pueda beneficiar a la raza. La mezcla resultante no ha superado los componentes originales”) y de no menos connotados economistas como Alberto Adriani (“El peligro negro es el más grave y su solución es más difícil... Un aumento sensible de la población negra podrá perturbar el desarrollo normal de nuestras instituciones democráticas y de toda nuestra vida nacional, y sobre todo, comprometer nuestra unidad moral”), no duda en atacar a Mariátegui de quien cita: “El negro trajo consigo su sensualidad, su superstición y su naturaleza primitiva. No está en condiciones de contribuir a la creación de cultura alguna, sino [de] obstruirla por medio de la influencia cruda y viviente de su barbarie” (ver “Bicentenario, racismo ideológico y modernidad”, 4.IV.2010, disponible en [www.aporrea.org/ddhh/a98243.html](http://www.aporrea.org/ddhh/a98243.html)) Por falta de referencias bibliográficas, no hemos comprobado la literalidad y el contexto de estas citas.

<sup>32</sup> Comentando los evidentes vínculos entre la conspiración de San Blas y la venezolana de 1797, escribe un autor antes citado que “esto fue reconocido en forma clara por uno de los personajes más importantes de este proceso revolucionario, como lo fue Juan Germán Roscio [paradójicamente, fue un severísimo fiscal en el juicio de 1809 contra la familia del mártir J. M<sup>a</sup> España], quien en una relación histórica que escribiera sobre el mismo en pleno calor de los acontecimientos, comenzó afirmando lo siguiente: “*La historia de la revolución de Venezuela comienza en España*” (Gómez: #119) Por desgracia para la Historia, el actual olvido de Picornell et alii sugiere que, cuando se enfriaron los acontecimientos, se resfrió la historiografía –justo lo contrario del proceder de cualquier ciencia-.

historiográfica pues se ha quedado en medio de la nada: en España no lo quieren <sup>33</sup> por republicano y en Iberoamérica no lo quieren <sup>34</sup> por español de nacimiento pese a que su confabulación estuvo a punto de adelantar en más de una década la Independencia de Venezuela –y suponemos que, para los otros ámbitos en los que actuó, Inglaterra y los EEUU, un hidalgo así es demasiado complejo-. Sin embargo, las (desiguales) monografías de Pedro Grases (*La conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia*, publicada en 1949 y 1978, disponible en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)), Harris Gaylord Warren y, sobre todo, la acuciosa biografía del venezolano Casto Fulgencio López (López: op. cit.), nos absuelven de mayores abundamientos sobre este personaje absolutamente clave en las Independencias.

Con Picornell fueron extrañados a los presidios americanos sus compañeros Manuel Cortés de Campomanes, José Lax y Sebastián Andrés –sólo este último abandonó el independentismo después de pasar 13 años en las cárceles coloniales-. En Venezuela, se le unieron los vascos José Xavier Aranzamendi, Bonifacio Amencaray, Juan Xavier de Arrambide, José Noriega y Jacinto García, posteriormente condenados a seis años de cárcel. Peor suerte tuvieron el madrileño Agustín Serrano y el catalán José Rusiñol puesto que, tras haber sido denunciados los conjurados por fray Juan Antonio Ravelo y el presbítero Domingo Lander –que en *su gloria estén*- <sup>35</sup>, no pudieron escapar y fueron ejecutados en 1799. Por ello, podemos asegurar que los protomártires españoles por la Independencia fueron un madrileño y un catalán <sup>36</sup>.

---

<sup>33</sup> Sólo conocemos una obra sobre su figura: la novela de Miquel López Crespí (Mallorca, 1946-) *La conspiració* (Antinea, Castelló, 2007; en catalán) Otros novelistas que citan a Picornell son Alejo Carpentier (en *El Siglo de las Luces*, 1962; cap. VI) y V.S. Naipaul (*La pérdida de El Dorado*, 1969; II parte, cap. V) En Google, las referencias a “Juan+Bautista+Picornell” se han multiplicado por 181 en los últimos siete años, desde unas míseras 70 (el 21.V.2003) hasta 12.700 (el 4.IV.2010)

<sup>34</sup> Aun así, el 24.VII.2004, se estrenó en Venezuela una obra de teatro, *La Conspiración. Sucesos de 1797-1811*, con Picornell como uno de sus cuatro personajes principales. Por lo demás, en la página 23 de su monografía (ver ese mismo párrafo) Grases indica una de las posibles fuentes de la maledicencia que ha rodeado a este revolucionario. Sostiene el sabio exiliado (de quien sólo discrepo cuando cree que Picornell se pasó al Rey en la Nueva Orleans de 1814; *ibid*: 41) que “debe rectificarse la insinuación lanzada por Baralt, ya que los hechos la desmienten rotundamente. Escribe Baralt: “Qué hicieron después de salvados para auxiliar la empresa, no sabemos: acaso nunca pretendieron ellos seriamente otra cosa que evadirse, empleando el medio convenido, que una vez libres olvidaron”. Es una lamentable imputación que ciertamente no merecían Picornell y Cortés, por la conducta observada inmediatamente después de su fuga”. Su conducta posterior fue jugarse la vida, despreciar canonjías –Picornell fue jefe de policía en la Caracas de la primera independencia e incluso “presidente de una fantasmagórica República de Texas” (Ortuño: 153)- y perder la hacienda por todo el Caribe, EEUU y media Europa. Por nuestra parte, nos preguntamos: puesto que Picornell y Cortés ayudaron a los bolivarianos en la entrega de Miranda a los españoles, ¿no será que, temerosos de atacar este episodio tabú, los mirandinos han transferido su disgusto hacia esos dos chivos expiatorios? Psicoanalíticamente puede ser plausible pero históricamente debe probarse.

<sup>35</sup> La delación de estos dos curas no fue un hecho aislado sino, por el contrario, la tónica general en todas las Independencias. Por ello, es justo decir que “El sistema de justicia [colonial] operó con considerable eficiencia debido a que la Iglesia Católica funcionó como una institución de información, pasando a los investigadores la información confidencial de que disponía, y como un aparato de propaganda, produciendo el rápido repudio de los conspiradores” (Pérez: 175) La efectividad del confesionario se complementaba con que “el juez podía usar torturas fuera de lo común y de la regulación o *exquisitas*” además de que “la renumeración de los jueces dependía parcialmente de las condenas” (*ibid*: 181 y 182)

<sup>36</sup> Aplastar la conspiración de Picornell, Gual y España, costó (oficialmente) a la Real Hacienda la exorbitante cantidad de 343.932 pesos (20.219 en concepto de pago a delatores y espías). Es decir, aproximadamente un año del trabajo de 18.845 jornaleros (ver notas 7 y 13) o un 170% de la cantidad en metálico que, menos de una década después, Fernando VII obtuvo por la venta del Reino de España a Napoleón –si éste le pagó en reales de vellón- o un 68% si le pagó en reales de plata.

En cuanto al resto de los españoles que se ‘venezonalizaron’, los trabajos de Vannini nos aproximan a la estupenda figura de José (Tomás) Mires, ingeniero militar y fundador de la Academia de Matemáticas de ese país. Mires estuvo en las tramas patrióticas desde antes de 1810 y fue hombre de confianza de Bolívar, delitos que pagó con cinco años de cárcel en Ceuta. Una vez regresado a las Yndias, se reincorporó al ejército liberador participando en las batallas de Tarqui y Pichincha 1822 hasta ser asesinado en Guayaquil 1829 por tropas ‘peruanas’. Mires es la prueba viva de que los españoles revolucionarios eran no sólo hombres de acción sino también excelentes científicos. Además, de esta autora obtenemos los nombres de otros españoles ilustres: Manuel Ruiz, Antonio Barona y, en especial, el de un piamontés nacionalizado español <sup>37</sup>, a quien dedica una investigación de sugerente título: *La verdadera historia de Francisco Isnardi: español, ideólogo, forjador y héroe de la Independencia venezolana* (Ceuta, 2001) (Vannini: op. cit.) <sup>38</sup>.

Otro español que tuvo una relación tangencial con Venezuela fue el general Mariano de Renovales (1774-1819), insólito personaje <sup>39</sup> que traemos a colación como pretexto para incluir estas líneas que le dirigió Bolívar:

“No todos los españoles son nuestros enemigos, y que la España se honra de haber producidos en su seno almas generosas y espíritus sublimes, que vienen como ángeles tutelares a sostener la santa causa de la libertad en este país, antes asolado y ahora afligido por las armas de su nación” (Bolívar, carta desde Apure, 20.V.1818)

En cuanto a México, es imprescindible mencionar al navarro Francisco Javier –o Xavier- Mina *el Mozo* (1789-1817), sobrino del famoso guerrillero Espoz y Mina y figura histórica por méritos propios. En palabras del político e historiador mexicano Lucas Alamán, fue “un relámpago que iluminó por poco tiempo el horizonte mexicano”. Por ello, es considerado como uno de sus Próceres aunque vivió en México menos de ocho meses antes de ser fusilado por los

---

<sup>37</sup> Otros italianos que lucharon en Venezuela junto a los patriotas fueron el coronel Passoni y Manfredo Berzolari –que murieron en la pelea-, Bartolomeo Gandolfo, Francesco Baroni, Carlo Luigi Castelli y el famoso geógrafo Agostino Codazzi quien llegó a coronel. Los restos de Castelli y de Codazzi reposan en el Panteón Nacional.

<sup>38</sup> Sin salir de Venezuela pero constatando un fenómeno más amplio, añadiremos que en toda su historia regional o local, hay nombres de rebeldes que raramente se reflejan en los índices -a veces, ni siquiera en los onomásticos-. Espigarlos suele ser antieconómico. Ejemplo, en un grueso libro que dedica 80 páginas a la Independencia, sólo encontramos un apellido: narrando la conspiración de Maracaibo 1821, se apunta que “la goleta del español Seguí estaba armada para cruzar hasta Los Puertos cuando llegare el momento necesario” (Ocando: 201-202)

<sup>39</sup> Este caso es un ejemplo tanto del clima reinante en los cenáculos de los exiliados internacionales como del descuido documental. En cuanto a lo primero, cabe señalar que Renovales, liberal de pro, se exilia en Nueva Orleans cuando Fernando VII regresa a España como rey absoluto. Sin embargo, algunos sostienen que fue un espía en 1819: ¿agente doble alguien que, un año después, muere en las mazmorras de La Cabaña, en la Cuba todavía colonial? El enrevesado ambiente del espionaje exige acudir a evidencias mayores si se discute de traiciones mayores; por ello, discrepamos del erudito biógrafo de Mina cuando opina que, al final de su vida, Picornell traicionó sus propios ideales al acogerse al perdón real (Ortuño: 153-155; este autor no utiliza la biografía de Picornell escrita por C.F. López, ver Bibliografía). Para nosotros, fue una estratagema que engañó al P. Antonio Sedella –como buen tonsurado, un perfecto delator-. En cuanto a lo segundo, un lapsus de Páez al dictar sus memorias ha acarreado la confusión de creer que el general *Mariano* de Renovales atentó contra Bolívar en El Rincón de los Toros (16.IV.1818) cuando, en realidad el frustrado magnicida fue su hermano, el sargento *Tomás* de Renovales. Como prueba del lapsus, baste señalar que, vemos en el texto principal, la afectuosa carta que dirige Bolívar al “teniente-general” Mariano de R. está fechada un mes después del atentado (para una visión sobre la hipotética deslealtad final de Renovales, ver Manuel Ortuño M., “Mariano Renovales. Expedición liberal frustrada a Nueva España”, en *Trienio* n° 36, Madrid, nov. 2000; también le cita en su biografía de Mina *el Mozo*)

militares *serviles* –i.e., absolutistas-. Por fortuna, la obra de Ortuño (ver Bibliografía) le ha dado a conocer con todo detalle; así pues, nos limitaremos a retratarle en unas breves líneas:

“El caso de Xavier Mina, visto desde la distancia de dos siglos, resulta sorprendente... [pues] Todavía hoy, en Navarra y en el resto de España, se desconoce su intervención en los foros del liberalismo hispanoamericano de Londres y Estados Unidos, su aventura liberal internacional, su encuentro con Bolívar y su participación en la Guerra de Independencia de México... es el caso más notable de doble mala suerte: llegó muy tarde a México... y se anticipó en dos años a la revolución de Riego” (Ortuño: 13-14)

Por otra parte, en Bolivia, destacó el gallego José Gabriel Castro, jefe de las fuerzas patriotas en Chacaltaya (25.X.1809), batalla que puede ser considerada como la primera acción bélica de cierta importancia para la liberación del ‘Alto Perú’. Su final es tan trágico e injusto como el de Mina y tantos otros españoles republicanos. Su peripecia bélica es breve pues, tras varias escaramuzas de cambiante signo con los realistas, “las tropas [emancipadoras] se retiraron a Yungas con Castro, solo quedó en el alto un cabo de artillería Figueroa, gallego, con algunas rabonas, éste hizo fuego a todo el ejército de Goyeneche y al fin fue tomado” (Diez de Medina et al: 163) Después, también fue capturado por los realistas el Prócer Pedro D. Murillo. Ambos sufren igual suerte pues son decapitados y sus cabezas expuestas en sendas picas (Castro, el 11.XI.09 y Murillo, el 29.I.1810)

Castro fue acompañado en su triste sino por otros españoles: también el antes mencionado Juan Antonio Figueroa “fue puesto en el garrote, después a la horca, se rompieron los cordeles y por último fue degollado” (ibid: 97) O, según otra versión aún más lúgubre, después de la ejecución de Murillo, “siguió *el Gallego* [Figueroa] con garrote y porque no le pudo ajustar, lo subieron para ahorcar y habiendo caído juntamente con el verdugo por haberse roto el cordel, le cortó el último la cabeza y luego la colgó en la horca” (ibid: 121)

También hemos de nombrar a Francisco Xavier Iriarte, recaudador y oficial, de quien sólo hemos conseguido averiguar estos pocos detalles:

“Ha sido llamado al alto por los rebeldes el Sr. Dr. Mariaca actual Gobernador, a quien dicen le amenazaron si no hacía que las monjas Concebidas entregasen doscientos mil pesos para mantener las tropas, y para el percibo de ellos mandarán al gallego Iriarte, que estos días había andado dirigiendo el saqueo” (ibid: 92)

Iriarte fue apresado y sentenciado “con pena de horca, arrastrados hasta el patíbulo en un surrón por una bestia de albarda, y confiscados sus bienes” (ibid: 98) pero tuvo la fortuna de escapar una primera vez hasta que fue definitivamente ejecutado el 07.II.1811.

Y, finalmente, citaremos para Colombia el caso de un mártir español, éste originario de otra colonia: en Cartagena de Yndias, existe un monumento a los *Nueve Mártires* que, en 1816, causó la represión del ejército realista contra los sitiados en esa plaza fuerte. Pues bien, “uno era un ingeniero militar nacido en Orán (norte de África)” (Quintero: 299), es decir, un español africano.

Lamentamos que en este rápido ojeo no hayamos topado con la que hubiera sido la pieza mayor: un cura peninsular alistado con los republicanos. Es decir, un antecesor de los curas guerrilleros del siglo XX. En su defecto, incluso nos habríamos conformado con un antepasado de los teólogos de la liberación.

### ***Espanoles en España***

Cuando un pueblo agredido por el imperialismo ahuyenta finalmente a los ocupantes, lo consigue al altísimo precio de perder una o más generaciones. Pero, como bien se demostró en

Vietnam –y todavía estamos esperando que se repita en Irak y Afganistán-, algunas veces los agredidos cuentan con la ayuda inestimable de la oposición humanitaria dentro del Monstruo –“el enemigo interno”, en la fraseología derechista-.

La Independencia iberoamericana nos ofrece varios ejemplos de justa resistencia en el interior de España. Citemos únicamente el más espectacular: el 1º de enero de 1820, cuando todavía faltaba casi un lustro para que las armas españolas fueran definitivamente derrotadas en el continente americano –no así en las Antillas-, estaba previsto que saliera de Cádiz para Venezuela un cuerpo militar de 20.000 soldados. No cabe duda de que una fuerza así no hubiera invertido el curso de la Historia pero sí es plausible que hubiera creado enormes dificultades a las fuerzas patriotas e incluso hubiera retrasado en años la Independencia. Sin embargo, esa flota nunca zarpó porque algunos de sus oficiales, con el excelso Rafael del Riego (1785-1823) a la cabeza, se sublevaron ese mismo día contra el absolutismo monárquico.

Pero, si bien el civismo de Riego es relativamente conocido, no suele añadirse que su tropa estaba semi-amenada; en otras palabras, que el pueblo llano se negaba a colaborar en la opresión de las Américas. Otro tanto ocurría con aquel segmento de la clase ilustrada hispano-europea consciente de que, en palabras del gran filólogo Antonio Puigblanch, “los reyes de España con los hombres de Europa han tenido sojuzgada la América, i con el oro i plata de América la Europa” (1828; cit. en Jonama: xv) En consecuencia, Riego fue apoyado por personas de todas las profesiones como el guerrillero Juan Martín Díaz *el Empecinado* –ejecutado por un corregidor *servil*, el infame Domingo Fuentenebro-, el coronel Grases, el médico Juan Manuel de Aréjula, el letrado Vadillo, etc.

Por ello, conviene recordar que hubo españoles ilustrados –e ilustres- opuestos con mayor o menor militancia a que el absolutismo borbónico continuara destrozando Iberoamérica: a los muy conocidos cosmopolitas Blanco White y Flórez Estrada, se suman los nombres de personalidades que, décadas después, llegarían a ser incluso presidentes de gobierno o, al menos, figuras destacadas del primer liberalismo español: Antonio Alcalá-Galiano (hijo del cartógrafo Dionisio), Juan Álvarez Mendizábal (potentado que apoyó a Riego y que, después, planeó la famosa *desamortización* o desinfección de las riquezas eclesiales) o Francisco Javier de Istúriz, una de cuyas últimas travesuras fue concertar el matrimonio de la reina Isabel II con su primo, el anatómicamente estéril “Paco Natillas” –teórico, pero sólo teórico, tatarabuelo del actual rey Juan Carlos I-.

En definitiva, resulta palmario que la Independencia de Iberoamérica tuvo una repercusión en la vida española que se prolongó más allá del final de las guerras emancipadoras en Tierra Firme. Por lo tanto, señores españoles, prolonguénla un poco más. Es hora de que olviden a los reyes Deseados y/o Felones, al sórdido partido de *los Persas*, a Godoy e incluso a su duquesa de Alba. Es hora de que recuerden a Mina, Mires, Castro y Picornell: el Bicentenario les ofrece la ocasión para recuperar su mejor tradición liberal –en el sentido de libertaria-.

## TERCERA PARTE

### Recapitulación

La Independencia iberoamericana fue una revolución y lo demuestra no sólo lo obvio –el paso de Colonia a República, de súbditos y esclavos a ciudadanos, del monopolio comercial al oligopolio, etc.- sino también lo que no es tan obvio: que sus protagonistas murieron pobres y olvidados<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> Cuando no fusilados por los suyos como Piar o asesinados como Sucre... De los que murieron en la cama, el ocaso de Bolívar en Santa Marta es harto conocido así como el de San Martín, impedido de desembarcar en Buenos Aires y fallecido en un villorrio francés. Pero no sólo cupo tan pérfida suerte a los

Nació en toda América pero tuvo más suerte en la periferia del Imperio –Venezuela y Argentina- que en las sedes virreinales. Costó casi un millón de muertos y unas guerras que duraron bastante más de una década -Ayacucho, la batalla final, se dio casi terminado el año 1824-. Y eso en los países principales porque, si nos apuran, duraron noventa años, hasta la independencia de Cuba y Puerto Rico. Por tanto, bien podríamos decir que, para Iberoamérica, el siglo XIX fue un siglo corto: desde 1804 o 1809 hasta 1898.

Otrosí, las únicas independencias completas fueron las de Haití y Paraguay <sup>41</sup>, en especial si consideramos que la soberanía popular, única base del derecho natural y de la legitimidad institucional, existe sólo sobre el papel –no sólo en Iberoamérica sino también en el resto del mundo-. Además, fue un proceso muy enmarañado que comenzó en 1492 y que no paró de complicarse hasta después de 1810. No es fácil sintetizar unos acontecimientos que incluyen indios que fueron auxiliares del genocidio y luego patriotas, negros auxiliares y negros rebeldes, españoles déspotas y españoles revolucionarios, españoles que primero son liberales y luego *serviles* y viceversa, oligarcas que pierden su fortuna y oligarcas que la acrecientan, sacerdotes de ambos lados y, por resumir perdiendo sustancia, autoritarios contra libertarios en sentido amplio. Por ello, no es extraño que, sólo tres décadas después de finalizada la guerra y sólo dos años después de la muerte de Manuela Sáenz, el más connotado de los intelectuales europeos se perdiera en esa maraña y definiera a Bolívar como “el canalla más cobarde, brutal y miserable” (Marx, ver supra, # Algunos lugares comunes, # 3)

### *La integración*

Hoy no cabe duda de que los Próceres estuvieron guiados por unas metas tan ambiciosas como justas y hasta pragmáticas. La integración de las antiguas Colonias en una confederación supranacional fue la más clara y, por desgracia, la primera en frustrarse. Hoy tampoco podemos dudar de que esa Confederación no fue una fantasía nacida en el fragor alucinante de las batallas sino que fue un propósito previo al estallido de las primeras revueltas. Los escritos de Miranda – por cierto, uno de los pocos que escribió a favor de la igualdad de sexos-, Bolívar o Moreno son contundentes al respecto. Nos centraremos en éste último por la simple razón de que las palabras de los Próceres venezolanos son más conocidas: en el Plan de Operaciones de la Primera Junta que el argentino Mariano Moreno redactó se explicita que ha de cuidarse “el sistema continental de nuestra gloriosa insurrección...[con vistas a la organización del] Estado Americano del Sud”. Más aún, de las palabras pasaron a los hechos llegándose a la

---

hombres de acción sino también a intelectuales como Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, muerto bajo el acoso clerical en el desierto peruano a 30 kms. y dos años antes que su amiga/enemiga Manuela Sáenz. En todo caso, la corona (de espinas) de la injusticia histórica pertenece sin duda a esta última, la coronela –hoy, generala- *Libertadora del Libertador*, visitada por héroes (Garibaldi, Hermann Melville o el anarquista peruano González Prada) y aún así aniquilada a sus 58 años por la miseria y la difteria –en ese orden- en el puerto de Paita, a 600 kms. en línea recta de su amada Quito. Más triste aún es que en ello repitió la suerte final de su antecesora, la *Otra Manuelita* (ver supra, #Mujeres...) también fallecida en la ruina y el olvido.

<sup>41</sup> Del primero hablaremos en otro momento pero del segundo conviene subrayar que su independencia fue completa porque no sólo se libró del protectorado que –sin ser requerido- le buscaba Buenos Aires sino que también se libró del otro Gran Poder: la Iglesia. De ahí que la historiografía al uso haya satanizado al Presidente doctor Francia –casualmente, doctor en Teología- aprovechándose de que él mismo se titulara *dictador* y olvidando que la palabra no tenía entonces el significado que tiene hoy – ejemplo: Bolívar también se nombró así-. Por si fuera poco haber sometido a la Iglesia, bajo la dictadura del Supremo, Paraguay alcanzó un desarrollo equitativo, suficiente delito para motejarlo de autárquico cuando, en realidad, nunca sabremos si su autosuficiencia fue voluntaria u obligada puesto que le vino impuesta por un feroz bloqueo. Aun así, el país se fundó sobre tan sólidos cimientos que siguió creciendo hasta que el exterminio causado por la guerra contra la Triple Alianza (1870) encarriló al país por la senda de la miseria y la dependencia común.

materialización legal con el famoso *Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua* promulgado por el congreso de Panamá (1826), observado con displicencia por el Reino Unido y por Holanda y al que los EEUU torpedearon con bastante mayor empeño que el que pusieron en conspirar a favor de los patriotas.

A pesar del fracaso del Tratado, la candela de la integración no se extinguió nunca. De los muchos intentos que siguieron, destacaríamos el de la *Unión Americana* –Felipe Varela, década de 1860- por haber surgido en una época de las menos propicias al pensamiento supranacional. Huelga añadir que la vitalidad de ese proyecto, reavivado periódicamente, se manifiesta rotundamente en la actualidad.

Aunque no sin problemas. El que más nos atañe concierne a las castas más desheredadas. Nos referimos a que la historiografía más racista viene a sugerir no muy subrepticamente que los ‘indios’ y los ‘negros’, más que las tendencias centrífugas de unas oligarquías de campanario o que la ingerencia foránea, fueron y siguen siendo el principal obstáculo para consolidar la Confederación. Nos parece una tesis acomodaticia que se extrae de la gaveta cada vez que hay problemas con esos pueblos. ¿Los indígenas del Ecuador actual discuten con la Revolución Ciudadana al igual que Pumacahua no se entendió con las burguesías ‘izquierdistas’ de su tiempo? Sólo cabe responder, ¿cómo se atreven a forzar un supuesto parecido sobre el que pesan dos siglos de transformaciones?

Sin embargo, es cierto que los indígenas siguen ninguneados y los negros más aún. Los primeros gozan en casi todos los países de un reconocimiento de rango constitucional – generalmente, muy poco desarrollado en leyes orgánicas y legislación derivada- mientras que los negros han de conformarse con alguna suerte de ley minúscula <sup>42</sup>. Por ejemplo, en Brasil sólo cuentan con un *Estatuto da Igualdade Racial* (2009) cuya discusión en el Congreso se demoró ¡diez años! y cuya fuerza legal es mínima pues tiene carácter *autorizativo* y no *determinativo* –además de no reglamentar el origen de sus recursos-. Finalmente, para algunos críticos, representa un retroceso para los *quilombolas* pues no articula lo ya expresado en la Constitución o en el decreto 4.887/03.

### **Apéndice para españoles**

Dos años antes del Bicentenario latinoamericano, la España oficial –la real, apenas se enteró- conmemoró un Bicentenario similar pues la *Guerra de la Independencia* española estalló el 2 de mayo de 1808. Para muchos estudiosos, esta guerra marca el auténtico nacimiento de la identidad española; es decir, de “España” misma, hasta entonces un mosaico de regiones dispares, de historias ajenas, de lenguas ininteligibles entre sí y de dialectos casi igualmente ininteligibles.

---

<sup>42</sup> La prueba está en que todavía no hay una definición oficial –y menos constitucional- de la identidad negra. Véase, por ejemplo, como una institución supuestamente avanzada titubea a la hora de escoger lo racial, lo cultural, lo histórico o la auto-adscripción como criterios censales, es decir, no directamente políticos: “Se entenderá por *Afrodescendiente y/o Afrovenezolano/afrovenezolana* al descendiente de africanos y/o africanas que sobrevivieron a la trata negrera, la esclavitud y la diáspora africana en las Américas y en el mundo. Es aquella persona que reconoce en sí misma la descendencia africana sobre la base de su percepción, valoración y ponderación de los componentes histórico, generacional, territorial, cultural o fenotípico” (en Acta Constitutiva del Subcomité de Estadísticas de Población Afrodescendiente; Caracas, 21.VIII.2007) Y, según la misma institución, “*Negro*: Se entiende como tal a toda persona que se distingue por tener un tono muy oscuro de piel, que además puede presentar otras características fenotípicas, propias de los grupos afrodescendientes. Sin embargo, los matices en nuestro país son muy vastos. En Venezuela este término no es peyorativo”. ¿No es peyorativo?: humm, según y cómo...

Al igual que en las guerras iberoamericanas, aquella llamada ‘guerra contra los franceses’, tuvo más de guerra de guerrillas que de sucesión de batallas convencionales –incluso algunos la califican como ‘guerra civil’-. También como en el caso latinoamericano y aunque no falten episodios dudosos <sup>43</sup>, esas guerrillas españolas no pueden ser consideradas como ejemplos de bandidismo rural. Bien claro lo tenía el general Morillo –el verdugo de la colombiana Policarpa Salavarrieta- cuando informaba a Madrid de que sus tropas se ven hostigadas y condenadas “á peor suerte que la que sufrían los franceses en la Guerra de la Península” (carta de 1820, cit. en Quintero: 376)

Quien dice guerrilla dice pueblo –o debería decirlo-. Y, en efecto, contra la invasión napoleónica <sup>44</sup> sólo se sublevaron el pueblo ‘español’ y algunos aliados más o menos burgueses. Por su parte, los militares se escondieron hasta que Inglaterra llegó en su ayuda y la nobleza se mostró innoblemente servicial con los nuevos amos; mientras, el rey chalaneaba con Napoleón el precio del Reyno de España –al final, lo vendió barato: un castillo y cuatro millones de reales-. Mención aparte merece la clerigalla, estamento que pasteleó con Napoleón –no olvidemos que su entronización imperial fue ungida por el papa Pío VII con quien ya había firmado el Concordato de 1801- hasta que el rey francés José I decretó la desamortización de algunas posesiones eclesiásticas mediante los decretos de 1808 y 1812. Entonces sí, entonces brotaron los curas de trabuco.

Pues bien, en el año 2008, el Bicentenario oficial español convirtió esa farsa tragicómica en una epopeya monárquica y tradicionalista. Según la Corona y sus intelectuales paniaguados, el pueblo se sublevó por amor a su monarca. Con el propósito de lavar la ignominia de los cortesanos organizaron unos mohosos festejos que, a la postre, sólo sirvieron para mayor abundancia del bolsillo de proto-fascistas como el cineasta Garci y el escritor Pérez-Reverte <sup>45</sup>. En cuanto al meollo de los discursos, lo resumía un titular periodístico de aquellas fechas:

---

<sup>43</sup> Y no sólo dudosos porque sea difícil deslindar lo local-común de lo nacional-político sino también porque, tanto en las Colonias como en España, hubo guerrillas de signo contrario al esperado. Por citar sólo el caso de Venezuela, es dato conocido que hubo guerrillas *realistas* que lucharon contra los patriotas; ejemplos, las que se movieron por los Llanos de Casanare (1818) y, sobre todo, las comandadas por el famosísimo Tomás Boves (1782-1814), un marino asturiano que, al ser rechazado por los patriotas por estar casi recién llegado a las Américas, se pasó al bando realista.

<sup>44</sup> Decimos *napoleónica* y no *francesa* no sólo porque el grueso de las tropas era multinacional –desde los famosos mamelucos turcos hasta mercenarios rusos- sino, sobre todo, porque la invasión era imperial y no republicana. Lo prueba que, pocos años antes, cuando los franceses fueron invasores pero republicanos, el pueblo español se abstuvo de combatirlos. Veamos cómo ocurrió: al poco de triunfar la Revolución Francesa, la España de Carlos IV se alió con las otras monarquías europeas para aplastar a los *sans-culottes* y, a tal efecto, planeó la invasión de Francia. Estalló entonces la llamada *guerra de los Pirineos o de la Convención* (1793-1795), una contienda en la que las tropas realistas sólo cosecharon derrotas, en buena parte porque el pueblo español las sabotó. Con la ayuda de ‘la plebe’ y sin disparar un tiro, los republicanos llegaron al río Ebro obligando al rey a firmar la llamada *Paz de Basilea* (1795, en realidad, una rendición) por la que, entre otras posesiones, España perdía lo que hoy es República Dominicana. Huelga añadir que los manuales de Historia patria no gustan de recordar esta guerra por lo que las interpretaciones oficiales de la posterior Guerra de la Independencia bailotean en un escenario sin ayer -es decir, como corresponde al nacimiento de cualquier nación, con tintes milagrosos-.

<sup>45</sup> Se financiaron con dinero público varias series para televisión que culminaron en la película *Sangre de Mayo* (José Luis Garci, 2008). Madrid, en manos de la extrema derecha, costeó ese panfleto anti-francés - ¡en plena Unión Europea!- con diecisiete millones de euros pero, en su corta vida, la horrenda película sólo recaudó 700.000. Más desvergonzado, si cabe, fue el desempeño de una flamante *Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad*, organizadora de una exposición para lucimiento del Camilo José Cela de la “democracia” española, por otro nombre Arturo Pérez-Reverte, sujeto que cobró 300.000 euros por su trabajo como curador (entre 30 y 60 veces las tarifas habituales; declaraciones del interesado al diario español *Público*, 24.III.2010)

“Por el Rey, por España”. En cuanto a manipulación histórica, se llegó a afirmar (que los españoles se rebelaron porque “ya tenían conciencia de que España era una gran nación”. Es decir, que la guerra no fue el comienzo de una andadura nacional sino su culminación: justo, lo mismo que hoy podría decirse de las Independencias iberoamericanas con la ‘pequeña’ diferencia de que los iberoamericanos no son tan malintencionados como para ignorar que 1810 fue solamente el primer paso hacia una meta que estaba –y está- en la integración iberoamericana y caribeña.

Y, finalmente, puestos a recordar Centenarios <sup>46</sup>, recordemos cómo discurrieron las conmemoraciones del I Centenario de la Independencia iberoamericana. Para empezar por los discursos oficiales y si olvidamos el abuso del término *raza* –entonces de uso común-, es patente que la retórica de 1910 fue exactamente la misma que hoy exhibe la derecha española: “la solidaridad de la raza... confraternidad y amor entre España y América... erradicar la leyenda negra... estos países encargados de conservar la grandeza del antiguo imperio español (Mercurio, Chile)... consolidar la magna confederación moral hispano-ammricana (Blanca Jiménez de los Ríos)”

Pero, pasando de las palabras a los hechos, hemos de concluir que la España oficial fue imbécil, mezquina y, sobre todo, insultante a la hora de conmemorar aquel I Centenario. Fue mezquina porque sólo la interesaron las glorias del Imperio y, por supuesto, el comercio puesto que algunas de aquellas Repúblicas eran más ricas que aquella España desangrada por Alfonso XIII -y, en aquel año de 1910, por su valido José Canalejas- <sup>47</sup>. Y fue imbécil enviando a México como delegado al general Polavieja <sup>48</sup>. Y, peor aún, fue imbécil e insultante enviando a Venezuela al nieto del espadón que luchó contra Bolívar <sup>49</sup>.

---

<sup>46</sup> En 1998, Cuba, Puerto Rico y Filipinas celebraron el I Centenario de su independencia. España, no. Ni por asomo se le ocurrió conmemorar el final de una guerra en la que murieron miles y miles de soldados españoles -menos por fuego mambí que por el despotismo, la ineptitud y la corrupción de sus oficiales- y miles y miles de trabajadores españoles que se oponían al reclutamiento en particular y a las guerras imperialistas en general.

<sup>47</sup> Por ejemplo, Argentina era “*Polo latino de América, Eldorado contemporáneo*, tales son, entre algunos de los más modernos, los títulos ditirámicos que los visitantes europeos concedían a la Argentina a principios de siglo. Cuando el presidente Figueroa Alcorta recibió a la infanta Isabel de Borbón para la fastuosa celebración del primer centenario de la Independencia, en mayo de 1910, la antigua colonia española parecía por fin merecer su nombre. En Europa se decía por entonces: *rico como un argentino*” (Alain Rouquié)

<sup>48</sup> Según los manuales clásicos, el general Polavieja era un *regeneracionista* (¡) e *intervencionista* defensor del imperialismo europeo puesto que, en su opinión, abstenerse de trocear el mundo era “una absurda protesta contra el sentido moderno del derecho internacional, el mayor peligro de los estados débiles” –dictum de una actualidad espeluznante-. Y, como buen intervencionista, verdugo de Marruecos, Cataluña, Andalucía, Cuba y Filipinas –ordenó fusilar a Rizal, uno de los asesinatos más estúpidos de la época-. Aunque fuera como mentar la soga en casa del ahorcado, fue enviado a México por haber firmado ¡una biografía de Hernán Cortés!

<sup>49</sup> El embajador plenipotenciario fue Aníbal Morillo: sí, por increíble que parezca, ¡el nieto del general Pablo Morillo, junto con Monteverde responsable directo de las 150.000 víctimas –sobre un total de 900.000 habitantes- que la guerra de Independencia causó en Venezuela! En Caracas, debió causar muy buena impresión el retorno de un Morillo, en especial cuando exhibió sus títulos de Marqués de La Puerta (el otro nombre de la batalla de Semén que ganó su abuelo) y Conde de Cartagena (por Cartagena de Yndias, la ciudad que asoló) Eso sí, para la Historia quedó claro que la España oficial no sólo no se arrepentía de las matanzas de un siglo atrás sino que las consideraba acreedoras de títulos nobiliarios.

Pero cien años pueden no ser nada. En este Bicentenario, todo indica que la España oficial también está siendo mezquina. Por el bien de todos, esperemos que no sea igualmente imbécil e insultante.

## BIBLIOGRAFÍA Y CIBERGRAFÍA

ANNINO, Antonio. 2008. "Imperio, constitución y diversidad en la América Hispana", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates (disponible en <http://nuevomundo.revues.org/index33052.html> )

ANÓNIMO (¿Capitán VOWELL?) 2006. *Las Sabanas de Barinas, por un oficial inglés*. Ministerio de Comunicación e Información, Caracas, 311 págs., sin ISBN.

ATENCO VIDAL, Tlacatenco Julio. 2009. "¿Qué independencia festejaremos los indios de México?", pp. 32-34, en *América latina en movimiento. Bicentenarios: historia compartida, tareas pendientes*, n° 448, sept. 09. Quito.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. 1983. *América Hispánica (1492-1898)*, tomo VI de la *Historia de España*, M. Tuñón de Lara, ed; Labor, Barcelona. 526 págs. ISBN 84-335-9426-5

CHUMBITA, Hugo. 1997. "El bandido Artigas. Bandolerismo y montoneras en la Revolución del Plata"; en *Todo es Historia*, n° 356, Buenos Aires, marzo 1997 (disponible en <http://hugochumbita.com.ar> )

- 2007. *Latinoamérica y Argentina hacia la segunda independencia*. Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires (disponible en ibid)

DIEZ DE MEDINA, Crispín; ORTIZ DE ARIÑEZ, Nicolás; ITURRI PATIÑO, Francisco Xavier; BILBAO LA VIEJA, Dámaso. 2008. *Diarios de la Revolución del 16 de julio de 1809*; Gobierno Municipal de La Paz, La Paz. 170 págs. (disponible en Internet)

GARCÍA JORDÁN, Pilar. *¿Poder eclesiástico frente a poder civil? Algunas reflexiones sobre la Iglesia peruana ante la formación del Estado moderno (1808-1860)* (disponible en Internet)

GIL MONTERO, Raquel. 2006. "Las guerras de independencia en los andes meridionales", en *Memoria Americana*, n° 14, en/dic 2006, Buenos Aires (disponible en Internet)

GÓMEZ, Alejandro E. 2008. "La Revolución de Caracas *desde abajo*. Impensando la primera independencia de Venezuela desde la perspectiva de los Libres de Color, y de las pugnas político-bélicas que se dieron en torno a su acceso a la ciudadanía, 1793-1815, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates (disponible en <http://nuevomundo.revues.org/index32982.html> )

GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, Coralia. 2009. "La historiografía contemporánea sobre la independencia en Centroamérica", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates (disponible en <http://nuevomundo.revues.org/index54642.html> )

GUZMÁN PALOMINO, Luis. 2003. "El coronel Santiago Marcelino Carreño, Libertador de Chile y del Perú, héroe olvidado de la campaña de Ayacucho"; ms. (disponible en <http://miguel.guzman.free.fr/>)

- n.d. “Basilio Auqui Huayalla. Héroe de la Independencia. Precursor de la victoria de Ayacucho”, en *Revista Runapacha* (disponible en <http://miguel.guzman.free.fr/Runapacha/basilio.htm> )

JONAMA, Santiago. 1992 (1ª ed., 1818) *Cartas al abate de Pradt por un indígena de la América del Sur* (edición de A. Gil Novales) A.Bosch-IEF-SEQC, Madrid. 149 pp. ISBN 84-8008-005-1

KNIGHT, Alan. 2004. “Crítica. Eric van Young, *The Other Rebellion* y la historiografía mexicana”, pp. 445-515, en *Historia Mexicana* LIV: 1 (disponible en Internet)

LASSO, Marixa. 2008. “El día de la independencia: una revisión necesaria. Acción política afro-colombiana y narrativas patrióticas criollas, Cartagena, 1809-1815”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates (disponible en <http://nuevomundo.revues.org/index32872.html> )

LÓPEZ, Casto Fulgencio. 1996 (1ª ed. 1955, Eds. Nueva Cádiz) *Juan Bautista Picornell y la conspiración de Gual y España*; Academia Nacional de la Historia, Caracas; 440 págs., ISBN 980-222-892-3 (en 2002, estuvo disponible en [www.archiven.gov.ve/conspiracion/](http://www.archiven.gov.ve/conspiracion/) pero, rastreada en 2009 y 2010, parece haber desaparecido de internet)

MARÍN AMEZCUA, Marcos. 2009. “Bicentenarios de las independencia de América en el reclamo de quienes no la querían, 1808-1814”, en *Actas del 53º Congreso Internacional de Americanistas*, México DF (edición electrónica)

MEDINA BUSTOS, José Marcos. 2009. “De las elecciones a la rebelión. Respuestas de los indígenas de Sonora al liberalismo, 1812-1836”, en *Actas del 53º Congreso Internacional de Americanistas*, México DF (edición electrónica)

MEMORIAS BICENTENARIO, nº 4, 19.septiembre.2009; en *Todosadentro*, nº 283, Caracas.

MONCADA FONSECA, Manuel. 26.III.2010. “A propósito del foro en torno al Bicentenario. ¿Conquista pacífica, paz colonial y hermanamiento postcolonial?”, en *Rebelión*, revista electrónica (disponible en [www.rebellion.org/noticia.php?id=102934](http://www.rebellion.org/noticia.php?id=102934) )

MONTANER, Mariliana (ed.). 2010. *Palabra y pensamiento. Mujeres indígenas en el bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución Mexicana*; Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), México, 150 pp.

MUÑOZ ORAÁ, Carlos E. 1971. *Los comuneros de Venezuela*; ULA, Mérida (Venezuela), 200 págs., sin ISBN.

NÚÑEZ SÁNCHEZ, Jorge. n.d. “La actual historiografía ecuatoriana y ecuatorianista”, págs. 9-46 (disponible en internet)

OCANDO YAMARTE, Gustavo. 2004 (1ª ed., 1985) *Historia del Zulia*; s/ed, Maracaibo, 803 págs., ISBN 980-6033-71-X

ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel. 2008. *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*. Trama Ed., Madrid; 436 págs.; ISBN 978-84-89239-84-5

PÉREZ PERDOMO, Rogelio. 2006. “La justicia penal en Venezuela al final del Período Colonial: el caso de Gual y España”; pp. 175-199, en *Anales de la Universidad Metropolitana*, vol. 6, nº 1 (Nueva Serie), Caracas.

QUINTERO SARAIVIA, Gonzalo M. 2005. *Pablo Morillo. General de dos mundos*. Planeta, Bogotá; 640 págs; ISBN: 958-42-1199-4

STOETZER, O. Carlos. 1966. *El pensamiento político en la América española durante el período de emancipación (1789-1825)*; Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 2 vols., 247 y 290 pp.

VANNINI DE GERULEWICZ, Marisa. 2006. *José Mires, patriota español, maestro del mariscal Sucre: las ciencias matemáticas al servicio de la Independencia americana*; Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Santander (disponible en <http://hal.archives-ouvertes.fr/docs/00/10/41/93/PDF/Vannini.pdf> )

**NB.**

**Número de palabras**

**texto principal: 13.600**

**notas: 6.300**

**Total: 19.900**

**Número de caracteres: aprox. 115.000**

**Financiación: autónoma**

**Incompatibilidades: Ninguna**

---